Jacques Bergier

EL LIBRO DE LO INEXPLICABLE



Jacques Bergier y el grupo INFO

EL LIBRO DE LO INEXPLICABLE

Adaptación de GEORGES H. GALLET

PLAZA & JANES, S.A.
Editores

Título original:
LE LIVRE DE L'INEXPLICABLE

Traducción de
ROSA M.ª BASSOLS

Primera edición: Setiembre, 1974

© Editions Albin Michel, 1972
© 1974, PLAZA & JANES, S. A., Editores
Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Este libro se ha publicado originalmente en francés con el título de
LE LIVRE DE L'INEXPLICABLE

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN: 84-01-31057-1 — Depósito Legal: B. 39.461 - 1974

ÍNDICE

PRÓLOGO 11

PRIMERA PARTE

LAS CIVILIZACIONES DESAPARECIDAS

LAS FIGURILLAS DE ACAMBARO, por Ronald J. Willis . . 25
LOS MISTERIOSOS OBREROS DE LA MINA DE COBRE EN AMÉRICA DEL NORTE 39
¿FENICIOS EN EL NUEVO MUNDO?, por Ronald J. Willis . . 45
Algunas observaciones sobre el texto de Paraíba, 49. — Monedas romanas en Venezuela, 51
EL OBJETO DE COSO, por Ronald J. Willis 55
LAS LOMAS ARTIFICIALES DE MINA, por Elton Caton . . 63
EL MISTERIO DEL «POZO EN FORMA DE MEDIA LUNA», por Antonin T. Horak 69
LOS MISTERIOSOS CILINDROS DE CEMENTO EN LA NUEVA CALEDONIA, por Andrew E. Rothovius 83
¿ALCANZARON LOS VIKINGOS LA COSTA DEL PACÍFICO?, por Andrew E. Rothovius 89

SEGUNDA PARTE

LOS EXTRATERRESTRES ENTRE NOSOTROS

EXTRAÑAS LUCES EN LAS COLONIAS AMERICANAS DE S. M. BRITÁNICA, EN EL SIGLO XVII 99

LOS MISTERIOS DE LA ERA DE LOS DIRIGIBLES, por Lyle Gauldding 103

OBJETOS MISTERIOSOS EN EL FONDO DEL ATLÁNTICO . . . 115

EL ASUNTO DEL «PAPIRO TULLI» 123

EL MILAGRO DE ROBOZER, por Jacques Bergier . . . 125

TERCERA PARTE

LOS SERES EXTRAÑOS

LAS HUELLAS DE PASOS DEL DIABLO, ENIGMA NO RESUELTO, por Paul J. Willis 137

EL DIABLO SE PASEA DE NUEVO, por Vincent Gaddis . . 145

YO ENCONTRÉ AL MATAH KAGMI, por T. Wakawa . . . 149

EL ABOMINABLE HOMBRE DE LOS ESTADOS UNIDOS, por Loren E. Coleman y Mark A. Hall 153

A la búsqueda del abominable hombre de las nieves en las Rocosas, 169. — Un especialista de los Sasquatch se declara seguro de esta observación, 170. — ¿Un Sasquatch en los Estados Unidos?, 171. — Hombres extraños entrevistos, 172. — En busca de los «hombres velludos», 172. — El ejército malasio en estado de alerta. Un «gigante» aterroriza la ciudad de Segamat, 173.

¿EXISTEN AÚN DINOSAURIOS?, por Iván T. Sanderson . . 175

¿Un pterodáctilo viviente?, 191. — Un monstruo en las montañas de California, 192. — Nuevamente los dinosaurios de paseo, 195.

CUARTA PARTE

FENÓMENOS FORTEANOS

FANTASMAS Y HOMBRES 203

Poltergeists en Nueva Zelanda, 204. — Una familia huye de su casa encantada, 207. — Un Poltergeist canadiense, 209. — Una familia se traslada; el fantasma, no, 210. — Un «espíritu» mantiene un hogar bajo la la opresión del terror, 211. — La isla del terror en el estrecho de Torres, 213. — Un vampiro en minifalda aterroriza a la Policía, 215. — ¡Un vampiro cerca de la tumba de Karl Marx!, 216. — Brilla la luna llena... un hombre marcha a la caza de un vampiro, 217. — Muere un hombre en una emboscada tendida para capturar a un vampiro, 218. — Mariposas nocturnas vampiros, 219. — Un vampiro espanta a los habitantes de Humahuaca en Argentina, 220.

LA CLÍNICA APEDREADA DE ARCACHON 223

EL FANTASMA ELÉCTRICO DE ROSENHEIM 229

PERSONAS QUE ARDEN ESPONTÁNEAMENTE, por Ronald J. Willis 237

LA CASA PARROQUIAL ENCANTADA DE BORLEY 247

PRÓLOGO

Charles Fort ha muerto, pero su obra le sobrevive. Parodiando un slogan político es como se puede definir la influencia de este hombre extraordinario y singular.

Charles Fort parecía una foca tímida. Tenía las piernas redondas y gruesas, vientre y trasero salientes, hubiérase dicho que carecía de cuello; su cráneo era bastante voluminoso y estaba medio calvo; sobre su ancha nariz asiática se apoyaban las gafas con montura de acero; su bigote parecía el de Gurdjieff.

Nacido en el siglo XIX, muerto en 1932, dejó cuatro libros, inexistentes en francés:

— El libro de los hechos condenados.
— Los talentos salvajes.
— ¡He aquí!
— Países nuevos.

En dichos libros, experimentaba un placer malicioso en reunir hechos que la ciencia ortodoxa rechazaba. Lo animaba un espíritu de eterno colegial, aunque, al mismo tiempo, realizaba un enorme trabajo volviendo a estudiar sistemáticamente todas las revistas científicas desde comienzos del siglo pasado.

Semejante obra reunió a un cierto número de admiradores. Se creó una sociedad «Charles Fort», el 26 de enero de 1931.

Entre sus fundadores se encontraban Theodore Dreiser, Booth Tarkington, Ben Hecht, Harry Leon Wilson, John Cooper Powys, Alexander Woollcott, Burton Rascoe, Aaron Sussman, y el secretario general, Tiffany Thayer.

La sociedad publicó una revista trimestral titulada Doubt (Duda), *que desapareció hacia 1950. La antorcha fue recogida, hace pocos años, por un grupo de jóvenes americanos, entre los cuales figuraban Paul y Ronald Willis. Ese grupo publicó una revista:* I.N.F.O., *es decir Informaciones Forteanas.*

Las ediciones «Albin Michel» se han asegurado la exclusiva mundial de la publicación en forma de libro de los artículos aparecidos en dicha revista. Los más sorprendentes de ellos han sido escogidos para formar la presente obra.

Como la documentación de I.N.F.O. *es, sobre todo, americana, he añadido a ella un cierto número de casos de origen europeo.*

El conjunto constituye, por primera vez, una serie digna de la obra de Fort.

El objeto de este libro es doble. Ante todo, informar a los lectores sobre el mundo en que viven, más extraño de lo que parece.

Con excesiva facilidad, la Prensa y los medios de comunicación de masas, a la vez que señalan acontecimientos que se salen de lo ordinario, ofrecen de ellos explicaciones simplistas.

Así ocurre que, en el momento en que estas líneas son dictadas, acaba de ser capturado un lobo adulto cerca de Meaux. De inmediato, la Prensa se ha apresurado a explicar que ese lobo ha venido andando desde Polonia. Semejante explicación es tranquilizadora, pero resulta también delirante. Entre Polonia y Francia, hay fronteras guardadas por alambradas de espino y electrificadas, protegidas por los más modernos aparatos de detección, y que un animal de las dimensiones de un lobo no puede franquear. Quizás algún día se encuentre la explicación, pero será reflexionando sobre el problema, y no dejándose adormecer por explicaciones enteramente imposibles.

El segundo objetivo de la presente obra es el de ser, a nuestra vez, informados por los lectores. Nos sentiríamos dichosos si éstos quisieran enviarnos relatos de hechos extraordinarios que hayan observado; nuestra esperanza, y casi podríamos decir nuestra seguridad, es que habrá suficientes cartas de ese género como para formar un segundo libro. Querría ahora pedir al lector que se sitúe en la actitud de reflexionar y maravillarse ante el lado extraordinario del Universo.

Como decía Fort: He aquí lo que se puede recoger consultando la Prensa científica más seria: «Lluvia roja en Blankenberghe, el 2 de noviembre de 1819; lluvia de barro en Tasmania, el 14 de noviembre de 1902. Copos de nieve grandes como platillos en Nashville, el 24 de enero de 1891. Lluvia de ranas en Birmingham, el 30 de junio de 1892. Aerolitos. Bolas de fuego. Huellas de un animal fabuloso en el Devonshire. Discos voladores. Marcas de ventosas en las montañas. Ingenios en el cielo. Caprichos de cometas. Extrañas desapariciones. Cataclismos inexplicables. Inscripciones en meteoritos. Nieve negra. Lunas azules. Soles verdes. Chaparrones de sangre.»

Encontramos todo esto, y muchas otras cosas, en revistas científicas y en la Prensa cotidiana seria.

No se puede investigar todo. Pero se puede escoger un cierto número de casos y estudiarlos en profundidad, y eso es lo que Georges Gallet y yo mismo hemos hecho en la presente obra.

Ante esos fenómenos que parecen provocarnos con insolencia, podemos adoptar diversas actitudes.

Podemos, evidentemente, negarlo todo, por sistema. Eso es lo que hacía Lavoisier ante los meteoritos, declarando:

«No pueden caer piedras del cielo, sencillamente porque no hay piedras en el cielo.»

No sonriamos: los astrónomos modernos han observado en el mismo cielo una explosión cuyos fragmentos se alejan entre sí a una velocidad superior a la de la luz. Ahora bien, según Einstein, la relatividad exige que la velocidad de la luz sea

un límite absoluto...

Se quiera o no, hay piedras en el cielo, y parece que realmente hay velocidades superiores a las de la luz. No se puede negar sistemáticamente todo aquello que se opone a la ciencia oficial. Y, por lo demás, la negación no es una actitud científica. Los propios sabios lo dicen.

Tampoco se puede admitirlo sin más: hay que verificarlo todo con el mayor cuidado.

Quiero ofrecer dos ejemplos de ello: uno, clásico; el otro, poco conocido y contemporáneo. El primero es aquel citado por Fontenelle referente al niño con un diente de oro. A fines del siglo XVII se anunció que había nacido un niño con un diente de oro. Al punto todo el mundo se preguntó si eso significaba un presagio del fin del mundo, o simplemente una gran revolución en Francia. Fontenelle tuvo la curiosidad de mirar, y comprobó que se trataba de una delgada película de oro colocada por los padres del niño.

Lo cual no impidió que sobreviniese la Revolución fransa, pero es dudoso que hubiera sido provocada por el niño del diente de oro... El otro ejemplo, contemporáneo, es muy significativo, porque muestra con qué cuidado hay que efectuar las verificaciones en los casos extraordinarios. Hace aproximadamente una decena de años, se encontró en la Unión Soviética, en el subsuelo de la ciudad de Odessa, en unas catacumbas, huesos de animales prehistóricos, y especialmente de aves.

Tales huesos databan de hacía un millón de años. Ahora bien, examinándolos con más detalle, se encontró en ellos unos agujeros en forma de hélices y, en esos agujeros, trazas de hierro y cobalto.

La conclusión que parecía evidente era que unos visitantes extraterrestres habían sacado algunas muestras con ayuda de útiles mecánicos. Esta conclusión es la que fue anunciada, aunque con la máxima prudencia.

Prosiguieron las investigaciones. Y se encontró un molusco que hace agujeros helicoidales y que tiene hierro y cobalto en la sangre. Esta explicación parece más simple que la de una intervención extraterrestre, y es la que finalmente ha sido adoptada. Pero si no se hubieran continuado las investigaciones, se habría atribuido a una intervención extraterrestre unas pruebas que habrían sido falsas. Por tanto, la desconfianza se impone, al mismo tiempo que el espíritu abierto.

Existen muchos hechos misteriosos que no resisten semejante enfoque.

Se desvanecen a partir del momento en que la luz de la investigación los ilumina.

Tal es el caso de los platillos volantes: se puede llegar a la conclusión, con una probabilidad próxima al ciento por ciento, de que no existen.

Éste es también el caso de las materializaciones, ectoplasmas y otros prodigios de los médiums, incluyendo las mesas giratorias. Cuando se toman películas con rayos infrarrojos durante la sesión, se comprueba el fraude.

Pero quedan aún suficientes hechos inexplicados para proporcionar materia a muchos libros del formato de éste.

Al no poder explicarlos, podemos al menos tratar de clasificarlos. Una primera clasificación, necesariamente simplificada, incluye cuatro categorías, que son respetadas en el presente libro:

1. Las civilizaciones desaparecidas

Precisemos: nadie niega que hayan desaparecido civilizaciones. Como decía Paul Valéry: «Las civilizaciones son mortales.»

Pero lo que la ciencia oficial rechaza con energía es la existencia, en el pasado, de civilizaciones técnicamente tan avanzadas o incluso más avanzadas que la nuestra.

Con todo, hallamos constantemente objetos que parecen

proceder de tales civilizaciones; la primera parte de este libro, pues, está dedicada a esos descubrimientos.

2. Los extraterrestres

La creación de semejante categoría, de semejante subdivisión del presente libro puede parecer contradictoria con la afirmación que acabamos de hacer más arriba: los platillos volantes no existen.

La contradicción es sólo aparente.

Si bien la investigación ha demostrado que las apariciones de platillos volantes son imposturas, no por eso es menos probable, desde un punto de vista estadístico, que haya civilizaciones extraterrestres. No está excluida la posibilidad de que una o varias de tales civilizaciones pudieran haber intervenido —o estén interviniendo— algunas veces en la vida de los terrestres, y un cierto número de fenómenos de ese tipo merecen ser descritos. De ahí, esta segunda parte.

3. Los animales desconocidos

Nuestra Tierra no está tan perfectamente explorada como se querría hacernos creer.

No sólo se encuentran especímenes, muertos o vivientes, de especies que se consideraban fósiles y habían desaparecido hace decenas de millones de años, sino que también se encuentran, de vez en cuando, huellas de animales totalmente desconocidos, que no son clasificables, ni entre los fósiles, ni entre las especies vivientes.

A esas apariciones se consagra la tercera parte del libro.

4. Intervenciones extraordinarias en nuestra vida cotidiana

Es indiscutible que nuestra vida cotidiana está perturbada por fenómenos extraños que, con frecuencia, se llaman encantamientos, término, por lo demás, muy inadecuado. En otras épocas, se atribuía ese género de fenómenos a los espíritus de los muertos, a los dioses, o a los demonios. En nuestra época, no se ofrece ya explicación, sino que se pretende, sobre todo, clasificar y describir. Un cierto número de esos fenómenos, escogidos por su autenticidad y su carácter impresionante, forman el objeto de la cuarta parte de la obra.

Como hemos dicho anteriormente, contamos con que muchos de nuestros lectores podrán darnos a conocer hechos «inexplicables» —o más bien, inexplicados— que hayan podido observar y que pertenecen a una u otra de esas categorías. Para nosotros, eso es más que una simple esperanza, es prácticamente una seguridad que entusiasma.

JACQUES BERGIER

PRIMERA PARTE

LAS CIVILIZACIONES DESAPARECIDAS

LAS FIGURILLAS DE ACAMBARO

por RONALD J. WILLIS

El artículo que se lee a continuación ha despertado una emoción general en el mundo entero.

En efecto, constituye nada menos, que un trastorno total de nuestras ideas sobre el pasado.

Se trata de estatuillas que parecen haber sido fabricadas hace dos mil años, las cuales, sin embargo, representan a la vez hombres, animales prehistóricos y animales totalmente desconocidos.

Asimismo, en lugar de dar mi opinión personal, citaré la del historiador soviético G. Buslaiev, aparecida en la revista Técnica y juventud, *número 10, 1971, página 56, al mismo tiempo que un resumen del artículo de Ronald J. Willis y algunas fotos.*

Mi resumen será fiel, pero dejaré aparte la tesis del historiador soviético, según la cual el régimen capitalista es responsable de la dispersión sufrida por esta colección de figurillas, así como también de haber cerrado una inmensa puerta al pasado.

La presente obra no es política; yo no polemizaré con Buslaiev. Corresponde a los mexicanos protestar, si se califica a su régimen de capitalista. Recordemos que México es, al mismo

tiempo, católico y trotskista, y que el día de Viernes Santo queman allí la efigie de Stalin y de Judas...

Dicho eso, Buslaiev admite la posibilidad de que la colección de Acambaro sea auténtica, y que una parte de los animales en cuestión haya podido ser inspirada por animales prehistóricos supervivientes aún en aquella época en México.

Otras han sido inspiradas por caimanes. Los caimanes, como se sabe, son cocodrilos americanos. Existía un culto a los caimanes en el antiguo México, y esos animales habían sido domesticados en los templos de la región. Una mujer cabalgando un caimán parece ser más plausible que una mujer cabalgando un dinosaurio. En tales condiciones las figuritas de Acambaro serían recuerdos, transmitidos a través de las generaciones, y constantemente reproducidos, de un pasado muy lejano, que se remonta quizás a unos veinte mil años. Ésa es la tesis del sabio soviético, que me parece muy interesante.

En julio de 1945, Waldemar Julsrud, un comerciante de Acambaro (en Guanajato), México, cruzaba a caballo una colina que domina la villa, cuando observó algunos fragmentos de alfarería que habían sido desenterrados durante la estación de las lluvias. Como estaba interesado en antigüedades mexicanas, le pidió a un albañil de la localidad, Odilón Tinajero, que fuera a examinar el lugar y le llevara lo que pudiera hallar de interesante. Aparentemente, Tinajero encontró muchas cosas, pues la colección reunida por Julsrud desde 1945 a 1952 consta hoy de más de 30.000 piezas. Prácticamente, todos los arqueólogos las califican de falsas, pese a que no hay muchos que se hayan tomado siquiera la molestia de ir a *echarles una mirada.* Y, sin embargo, hay muchas razones para suponer que esta colección es una de las curiosidades arqueológicas más extraordinarias del mundo.

Las figuritas que representan reptiles han desconcertado particularmente a los pocos arqueólogos que han examinado

la colección. Algunas de esas estatuillas parecen dinosaurios y plesiosauros. Pero, considerando que, según las teorías en vigor, tales criaturas desaparecieron hace 70 millones de años, los antiguos indios de México no podían saber a qué se parecían. Naturalmente, si se tratara de gentes de nuestra época, éstas lo sabrían, por los libros y las películas de ciencia-ficción. Los monstruos son también desconcertantes.

No obstante, uno de los aspectos más fantásticos de toda esta colección es su extraordinaria variedad. ¡No hay ninguna repetida, entre más de 30.000 piezas! Algunas son similares, pero no hay dos idénticas. La imaginación prodigada en la creación de todos esos animales «prehistóricos», de esas figurillas humanoides, de esas estatuitas de momias, y de centenares de grupos en los que animales y seres humanos desempeñan un papel en una escena, es simplemente pasmosa. La lista de los diferentes tipos de objetos es ya de por sí larga.

TIPOS DE OBJETOS QUE SE ENCUENTRAN EN LA COLECCIÓN JULSRUD

1. Alfarería tarascana (tipo conocido y clasificado de alfarería india en México);
2. Puntas de venablo y de flecha en obsidiana, probablemente tarascanas;
3. Dientes hallados junto con las figuritas, identificados como los del *Equus conversidens* Owen, un caballo desaparecido en el Pleistoceno;
4. Varios centenares de «vasos» —no tarascanos— de una materia similar a la de las estatuillas de reptiles;

5. Una colección de máscaras;
6. Numerosas pipas, muchas de ellas de un modelo fantástico;
7. Los grupos, que muestran animales y humanos interpretando una escena de una leyenda o un relato;
8. Cabezas de cerámica, que nunca forman parte de una estatuilla más grande;
9. Serpientes enroscadas;
10. Figurillas de mamíferos, muchas de las cuales representan animales del Pleistoceno desaparecidos, tales como el rinoceronte, el tapir, el tatú, la llama, etc.;
11. Planchas grabadas con dibujos de reptiles y otros animales;
12. Objetos de cerámica que imitan la corteza de los árboles, aunque con frecuencia tienen dibujos ocultos en la textura de la corteza;
13. Peces e hipocampos;
14. Grandes estatuas humanas de 60 cm a 1,20 m de altura;
15. «Momias» de 15 a 25 cm de altura, que *no* se parecen a momias egipcias;
16. Grandes cabezas de hombres o de animales;
17. Figurillas quizá «mayas»;
18. Figurillas que sugieren contactos con culturas oceánicas;
19. Serpientes o dragones;

20. Algunos vasos de jade;
21. Figuritas de reptiles —la categoría más numerosa de la colección (millares de ellas)—, muchas de las cuales *sugieren* reptiles del Mesozoico, pero que, sin la menor duda, no las *reproducen.*

además de miles de objetos variados que pueden ser instrumentos de música, etc., y muchos otros que son inclasificables.

La teoría corriente según la cual los grandes reptiles desaparecieron hace 70 millones de años y que el hombre es sólo de origen reciente, condena automáticamente, por lo que se refiere a la mayoría de los sabios, las figurillas y las planchas que muestran a hombres en compañía de esas criaturas. Pues bien, ¿cómo habrían conocido esos indios el rinoceronte lanudo, los caballos y los camellos americanos, etc., que desaparecieron a fines del Pleistoceno, hace unos 1.000.000 a 1.200.000 años? Al margen de eso, esta colección presenta un saber más extenso y una imaginación más vasta que todo lo que se conocía hasta el siglo XIX. Numerosas culturas produjeron obras de arte de una cualidad y una imaginación maravillosa, pero ninguna civilización antigua ha producido jamás tantas cosas diferentes como la «cultura de Julsrud».

La plancha n.° 3 es un buen ejemplo. Vemos, en medio, una especie de dinosaurio; a la izquierda, un plesiosauro; y, entre los dos, una máscara que en ciertos aspectos se parece a las máscaras griegas de las Gorgonas. En la sección de arriba, encontramos elefantes; en el extremo derecho, una figurilla que evoca el antiguo Extremo Oriente, además de toda una hilera de «momias». La simple descripción de la colección exigiría muchos volúmenes, y toda una vida.

Pero, si se trata de falsificaciones, ¿por qué se hicieron? Fueron necesarios años de duro trabajo para producir esta colección. Numerosos objetos tales como las «momias», las pipas, etc., están hábilmente moldeadas, grabadas y *esmaltadas*, lo cual demuestra que su creación procede de un excelente artista. Julsrud daba a Tinajero un peso por cada figurilla completa que éste le traía. A veces, las figuras estaban rotas y vueltas a pegar. Julsrud no vio jamás personalmente desenterrar ninguna de ellas. Si pagó a Tinajero más de 30.000 pesos por siete años de trabajo, y resulta que los objetos eran falsos, los falsificadores hicieron un mal negocio. ¡30.000 pesos equivalen a algo más de 2.500 francos (30.000 pesetas) por año para todos los falsificadores complicados en el asunto! Sin duda habrían obtenido mucho más, simplemente, exportándolos como curiosidades mexicanas.

Enemigos de Julsrud han manifestado de vez en cuando, a investigadores como, por ejemplo al profesor Charles Hapgood, que conocían a la «familia» que fabricaba los objetos en la villa; pero jamás fueron capaces de facilitar nombres, o la dirección de un taller. No obstante, esto parecía ofrecer una buena oportunidad de asestar un golpe a Julsrud; pero nunca pudo ser encontrada ninguna familia de superartistas de ese género en Acambaro, ni siquiera tras las investigaciones más minuciosas. En un momento dado, Julsrud declaró que se había intentado introducir subrepticiamente en su colección una falsificación evidente, con el intento de desacreditarlo.

El profesor Hapgood estaba presente cuando se efectuaron excavaciones en el emplazamiento de una casa que había sido construida allí al menos 25 años antes. Dicha casa había sido habitada por el jefe de Policía de Acambaro, y nada permitía suponer que alguien hubiera tenido oportunidad de ocultar alguna cosa en dicho lugar desde, aproximadamente, 1930. En esas excavaciones fueron descubiertos cuarenta y cuatro objetos del tipo Julsrud, además de otros diversos objetos de origen indio. En las dos hectáreas del lugar (actualmente bastante ocupadas por cabañas de colonos) se han efectuado otros hallazgos de objetos similares a los de la colección Julsrud, tanto en la superficie como en el subsuelo.

En 1950, Charles C. DiPeso, de la Fundación Amerindia de Arizona, dio su opinión sobre este asunto de Acambaro («Los monstruos de arcilla de Acambaro», en la revista *Archeology*, verano de 1953). Pasó una tarde y la mañana siguiente, en aquellos lugares. Estuvo observando a Tinajero y a un ayudante suyo mientras desenterraban algunos objetos, y pretende haber descubierto pruebas de fraude. Sin embargo, al leer el artículo, se tiene la impresión de que estaba muy decidido a encontrar tales pruebas. Otros han calificado las objeciones de DiPeso como las de «un mentiroso o un imbécil». DiPeso pretendía que ninguno de los objetos mostraba signo alguno que indicara haber estado enterrado durante mucho tiempo. Sin embargo, el profesor Hapgood e Iván T. Sanderson han hallado objetos y partes de figurillas que llevan incrustaciones de tierra endurecida, marcas de pequeñas raíces y cavidades rellenas de tierra y de arena, todo lo cual señala una estancia bajo tierra durante una considerable cantidad de tiempo.

El profesor Hapgood hace notar que la costumbre del excavador de recubrir los depósitos de objetos parcialmente excavados, a fin de impedir a los niños de la vecindad que se entregaran al pillaje durante la noche, pudo haber inducido a error a DiPeso. Otros sabios, entre los cuales están el doctor Raymond C. Barber del Museo del Condado de Los Ángeles, y el doctor Eduardo Noguera, han asistido a la exhumación real de objetos. El primero es un mineralogista, pero el segundo ha sido el director del servicio de Monumentos Prehispánicos en México. No halló ninguna prueba de fraude en ese momento, ¡aunque más tarde se pronunció por el fraude a causa de *su* incapacidad por explicar las figuras de reptiles mezcladas con las de hombres!

DiPeso utilizó otro método desagradable y poco honorable para desacreditar la colección de Acambaro. Su artículo en

Archeology comienza diciendo: «En la pequeña villa-estación de ferrocarril de Acambaro se murmuran extrañas historias... hablan de una colina encantada donde se dice que el diablo ha dejado numerosas figurillas de arcilla tan terribles como curiosas, desparramadas bajo el suelo, a manera de advertencia para los mortales.» Si bien eso podría ser un excelente comienzo para una historia de horror, resulta más bien mediocre para un artículo que pretende ofrecer una apreciación honrada de un descubrimiento científico; ni Hapgood, ni Sanderson hacen mención alguna de rumores respecto al diablo, ni de historias según las cuales la colina estaría «encantada». En realidad, los colonos comenzaban a instalarse en aquellos lugares cuando se proseguían las excavaciones. Lo cual permite pensar que los campesinos de los alrededores no estaban en absoluto preocupados por un «encantamiento» de dicho lugar. DiPeso sólo pudo haber hecho alusión a esa historia de «colina encantada» para intentar deliberadamente desacreditar todo el asunto, sin consideración a la verdad.

DiPeso embrolló también la cuestión al decir: «Esas figurillas de cerámica tienen forma de brontosaurio, tiranosaurio *Rex*, estegosaurio, tracodón, dimetrodón y otros reptiles del Mesozoico...» Pero el profesor Hapgood presentó fotos de centenares de esas figurillas de reptiles al doctor A. S. Romer, profesor de Zoología de la Universidad de Harvard. Éste, por su parte, declaró que no correspondían a ninguna especie de dinosaurios. Sugirió que podían haber sido inspiradas por reptiles vivientes de la región. Aparentemente, DiPeso no sabe reconocer un tiranosaurio cuando lo ve.

Pero hay aún algo más importante: recientemente se produjo un suceso que indica claramente que los objetos de Julsrud son de una antigüedad considerable. El profesor Hapgood obtuvo fragmentos de una figurilla en la cual se habían introducido partículas de materia orgánica en el momento de ser modelada. Tales fragmentos fueron enviados al laboratorio de datación mediante el radiocarbono de la sociedad «Isotopes,

Inc.», de Westwood, Nueva Jersey, en setiembre de 1968. Se sacó de ellos un resultado pasmoso: ¡la materia orgánica procedía de unos 3.590 años antes, 100 años más o menos! Esto significa que, o bien el objeto fue fabricado hacia el año 1.600 a. de J. C., o algún artista indígena mexicano fue lo bastante malicioso como para introducir un poco de materia orgánica muy antigua en algunas figurillas. Esta segunda hipótesis parece sumamente dudosa, sobre todo porque la datación mediante el radiocarbono C 14 no fue concebida hasta últimos de la década de los 40, y no había sido aún vulgarizada cuando, en 1952, cesó la compra de figurillas.

Es quizás interesante señalar que la edad estimada por la datación, de 3.600 años, es decir, 1.600 a. de J. C., coincide con ese extraño período entre el 1700 y el 1500 a. de J. C. durante el cual se produjeron tantas cosas. Grandes catástrofes naturales asolaron el Mediterráneo, la isla volcánica de Santorín hizo explosión, Creta y Egipto entraron en decadencia; en la India, la civilización del valle del Indo se hundió bruscamente. Han llegado hasta nosotros numerosas leyendas relativas a esos acontecimientos. Si la datación por el C 14 es correcta al situar las figurillas de Acambaro en ese período, ¿no podría, quizás, haber alguna relación entre las catástrofes sufridas por esas otras civilizaciones y el extraño florecimiento de la cultura Julsrud en México?

En general, las figuras de animales están frecuentemente modeladas con un excelente sentido del movimiento y, casi siempre, es fácil suponer lo que tratan de representar. Pero los detalles muy raras veces son específicos. Por ejemplo, hay una que representa, evidentemente, una forma de elefante. Parece ser muy similar a un elefante de Asia, pero ninguno de sus detalles está modelado con exactitud. Si representa en realidad un elefante asiático, no se comprende cómo un mexicano de la antigüedad pudo llegar a ver alguno. Más probable parece que hubiera logrado ver un mamut viviente; pero la figurilla en cuestión no se parece a un mamut. Sin embargo, verdad es que,

en 1931, la villa de Acambaro tenía en su plaza central una fuente que estaba coronada por una estatua grosera de elefante.

Otra curiosidad de la colección, de la cual por desgracia no poseemos buenas fotos, son los animales fabulosos cuyas diferentes partes están mezcladas de modos muy diversos. Algunas de las formas humanoides tienen también lenguas bífidas, manos y pies palmeados, etc. En resumen, contemplamos aquí la imaginación humana en pleno delirio.

El señor Julsrud exponía, por su parte, la teoría de que la colección estaba en un museo azteca, en Tenochtitlán, y que procedía de la Atlántida antes de su destrucción. Cuando los españoles llegaron a México, la colección fue, se supone, trasladada a Acambaro y enterrada por los aztecas. Según Tinajero, los objetos se encontraban de una manera curiosa. Parecían presentarse en «bolsas» de numerosas figurillas, todas en un revoltillo. No parecía haber asociada ninguna tumba humana con esas «bolsas» de figurillas. Sin embargo, en los alrededores se encontraron seis cráneos humanos, y éstos parecen presentar fuertes diferencias de dolicocefalismo y de braquicefalismo, pero, entre las poblaciones amerindias, eso es lo que cabe esperar. Y, por desgracia, esos cráneos no han sido estudiados de una manera profunda hasta el presente.

Parece como si este asunto inquietante de Acambaro no tuviera fin. El profesor Hapgood estaba también presente cuando se realizó una excavación en la finca del coronel Muzquiz. Anteriormente, unas excavaciones efectuadas en ese lugar habían desenterrado piezas de alfarería tarascanas, y «un enorme cráneo hallado a una profundidad considerable, junto con una gran piedra plana». Se podría pensar que este cráneo era el de un mamut, pues esos fósiles abundan en la región. De hecho, se descubrió un esqueleto de mamut cerca del lugar de donde procedían las figurillas de Acambaro, y fue enviado a México. La asociación del cráneo con una piedra plana permite suponer que los hombres de la región pudieron haber tenido algo que ver con el enterramiento del cráneo.

El profesor Hapgood decidió tratar de volver a abrir la excavación donde había sido descubierto el cráneo. Hizo notar que la tierra estaba en ese lugar blanda y polvorienta, pese a que la excavación había sido rellenada cuatro o cinco años antes. La piedra plana no fue encontrada, pero se halló algo más extraordinario: ¡una escalera que se hundía en el suelo! El coronel recordaba que en la excavación precedente había encontrado huellas de un subterráneo excavado en la colina. La escalera estaba repleta de materias volcánicas comprimidas y, desgraciadamente, ni el tiempo ni los medios permitieron proseguir más allá las excavaciones. ¡Cabe preguntarse qué había al final de esa escalera que se hundía en una colina, cuando ésta había suministrado tantas cosas curiosas cerca de su superficie!

El profesor Hapgood informó de que un cierto Mr. Ferro, en San Miguel Allende, encontraba numerosas figurillas, y había vendido más de 5.000 de ellas a los turistas, a muy buen precio. De hecho, había una sala de ventas en la Escuela de Arte Americano de la villa. El hombre pretendía poder distinguir las antigüedades «auténticas» de las «falsas». En sus estantes, aparecían más de una docena de objetos muy similares a los de Julsrud, incluyendo una parte de máscara, una mujer de pie sobre un lagarto, un gigante con un reptil, una mujer con cola de pez y cuatro grupos. Hapgood se dirigió entonces, junto con Ferro, al lugar donde éste efectuaba sus hallazgos, ¡y comprobó que era *en* las pirámides de San Miguel Allende! Los agujeros hechos en una veintena de esas pirámides mostraban de dónde había desenterrado Ferro los objetos que vendía y, aquí, las figurillas eran frecuentemente descubiertas en las mismas tumbas, contrariamente a lo que ocurría en Acambaro. Aquí, por consiguiente, surgía otra fuente de figurillas del tipo Julsrud, aunque casi todas ellas están irremediablemente dispersadas entre numerosos coleccionistas americanos. Debido a que una vez se habían encontrado algunas falsificaciones en esta región, todos los objetos que procedían de ella fueron

igualmente considerados como «falsos» por las autoridades arqueológicas. El profesor Hapgood estimó que los hallazgos de San Miguel Allende contribuirían a dar crédito a la validez de los objetos de Acambaro.

Debemos también hacer constar que las figuras de cerámica curiosas no están limitadas al México central. Horst Nachtigal muestra, en su obra *Las culturas megalíticas americanas* («Dietrich Reimer Verlag», Berlín, 1958, fig. 135), una especie de lagarto de cerámica, procedente de La Plata, que recuerda algunas de las criaturas fantásticas de la colección de Acambaro.

Entonces, ¿a qué conclusión podemos llegar? Existen muchos datos que demuestran que las figurillas de Acambaro pueden muy bien ser de una antigüedad considerable. No obstante, resulta difícil admitir que existió una cultura india en el México antiguo que pudo haber tenido un conocimiento extenso de los grandes reptiles y animales del Pleistoceno, cuando éstos han sido descubiertos sólo relativamente hace poco, y que dicha cultura pudo producir objetos tan similares a los de muchas otras culturas. Quizá, la aplicación a esas cerámicas de algunas de las pruebas recién elaboradas, tales como la fluoroscopia de rayos X o la termoluminiscencia, ayudaría a establecer la edad aproximada de esos objetos. Es concebible que algunos de los objetos de la colección puedan ser falsificaciones, es decir, que daten de menos de 100 años, mientras que los otros se cuentan por millares. Sin embargo, la prueba con el C 14 ha indicado ya una datación de 3.600 años antes de nuestro tiempo, que los arqueólogos, por lo que el autor sabe, han ignorado totalmente (1). ¿Habrían sufrido mejor suerte otras pruebas?

¿Y qué pensar de los dientes del caballo desaparecido en el Pleistoceno, *Equus conversidens* Owen? ¿Cómo aparecen mezclados con la colección? Ésta incluye, efectivamente, figurillas que parecen representar caballos, quizá caballos del Pleistoceno. ¿Podría haber una relación entre los dientes y las figurillas de caballo? ¿Habría conseguido un indio mexicano extrapolar el caballo en función de sus dientes. ¿Lo habría visto vivo? ¿O no se trata más que de un sutil ejemplo de falsificación?

(1) Verdad es que se puede citar otros casos en que la datación por el radiocarbono ha sido descartada cuando ha entrado en conflicto «con los hechos establecidos».

Sanderson resume así su examen: «O bien el viejo Julsrud ha hecho uno de los mayores descubrimientos debidos al azar de todos los tiempos, o ha sido amablemente engañado durante muchos años por una o varias personas que no querían más que sacar una modesta renta...»; asimismo, nuestra conclusión sólo puede ser provisional: en el peor de los casos, tenemos aquí una colección extraordinaria de objetos de arte; pero, si es auténticamente antigua, esta colección podría trastornar nuestras ideas sobre la historia y la cultura del México antiguo.

LOS MISTERIOSOS OBREROS DE LAS MINAS DE COBRE EN AMÉRICA DEL NORTE

Las rutas de los metales atravesaban el mundo antiguo y demuestran un nivel de comercio y de circulación de las mercancías que no concuerda en absoluto con la Historia clásica.

La más célebre de tales rutas era la del estaño, que iba desde el Cornualles británico hasta Creta, pasando por Lyon. Existían otras rutas menos conocidas, entre ellas la del oro, que iba desde las minas del rey Salomón, situadas en algún lugar de Africa, hasta Jerusalén. Existía también una ruta de la obsidiana (1), desde Armenia a España y —por fantástico que eso pueda parecer— una ruta del uranio, de Cornualles a Creta. No me pregunten ustedes qué hacían los cretenses con el óxido de uranio, porque no tengo la menor idea de ello.

El artículo que sigue es una contribución muy interesante al estudio de la ruta del cobre.

«Resulta difícil admitir que las notables minas de cobre, muy extensas, existentes en la región del lago Superior (en Canadá) hayan podido ser obra de aborígenes americanos. Pese

(1) La obsidiana es un vidrio natural, de color negro, procedente de los volcanes, que, hace diez mil años, servía para fabricar herramientas cortantes.

al extraordinario desarrollo de esas minas, no se ha encontrado nada que indique que esta región ha estado jamás habitada por una población fija... No han sido hallados ni un vestigio de habitación, ni un esqueleto, ni siquiera un hueso.» «Los indios no tienen ninguna tradición que haga referencia a esas minas (*American Antiquarium*, n.° 25, pág. 258). Creo que hemos tenido visitantes, y que ellos han venido aquí en pos del cobre, por ejemplo.» (Charles Fort, *El libro de los hechos condenados*.)

Clifford Simak escribió en el *Minneapolis Tribune* del 8 de junio de 1969:

UN PROFESOR VA A PROFUNDIZAR EN EL MISTERIO DE LAS MINAS DE COBRE

¿Atravesaron unos navegantes griegos el Atlántico hace 5.000 ó 6.000 años, y remontaron la cadena de los Grandes Lagos para extraer cobre en el Michigan del Norte? El doctor Eiler L. Henrickson, profesor de Geología del Carleton College (de Northfield, Minnesota) parte este mes para Grecia, a fin de pasar allí un año efectuando investigaciones. Durante su estancia, analizará objetos de bronce y cobre, al objeto de intentar determinar el origen geográfico del cobre que contienen.

Declara que no se sentiría muy sorprendido de descubrir que una parte de ese cobre procede de la región del lago Superior. Existen muchas razones para, cuando menos, suponer que, hace unos cinco o seis mil años, una civilización altamente organizada extraía de ese lugar una gran cantidad de cobre. La región en cuestión es la que se llama la *Michigan Copper Country*, y engloba la península Keweenaw y la Isla Royale. Durante años, aún en época reciente, la región de Keweenaw ha proporcionado al mundo enormes cantidades de ese metal.

La existencia de fosos de minas primitivas en esta región es conocida desde poco tiempo después de las primeras visitas efectuadas por hombres blancos. Se estima que hay, al menos, unos 5.000 de tales fosos. Algunos de ellos son pequeños. Los mayores miden de diez a doce metros de largo y algo menos de tres metros de profundidad.

Ese «país del cobre» es singular en cuanto que es el único lugar del mundo donde se encuentra un gran depósito de cobre nativo; es decir, pepitas y grandes trozos de cobre puro. En general, el cobre aparece mezclado con otros elementos, y el mineral debe ser refinado para separar de él el metal. El cobre nativo es, exactamente, el tipo que más interesó al hombre primitivo. No había necesidad de refinarlo, y podía ser moldeado con el martillo en forma de útiles y armas, o combinado con el estaño para hacer bronce.

La estimación de la cantidad de cobre extraído de los cinco mil fosos de minas, o más, cuya existencia se conoce, varía de 45.000 a 225.000 toneladas. La cifra más pequeña corresponde a la estimación más prudente, basada en la posibilidad de que el minero primitivo se hubiera quedado satisfecho con un rendimiento pequeño de su extracción. Por el contrario, la cifra más grande se basa en la idea de que ningún minero primitivo habría perdido el tiempo y la energía exigidos por esa extracción si no hubiera trabajado en un yacimiento muy rico en el que el porcentaje de cobre fuera muy elevado.

Pero incluso la estimación más pequeña representa mucho más cobre, dice Henrickson, del que la América primitiva había podido absorber. Han sido encontrados objetos de cobre muy esparcidos por toda América del Norte, así como en algunas localidades de la América Central y del Sur, pero 45.000 toneladas de cobre representarían incluso mucho más de lo que pudo haber sido utilizado en ambas Américas.

La extracción de tanto cobre indica también que, quien lo hizo, representaba a una sociedad altamente organizada, con abundancia de mano de obra, probablemente esclavizada, y, lo que es más, de una mano de obra que podía ser utilizada eficaz-

mente. Henrickson apunta la hipótesis de que los hombres que extraían el cobre no eran indígenas norteamericanos, sino que procedían de otra parte. Asimismo, él admite que esta hipótesis carece del sólido fundamento, pero si ese trabajo de extracción hubiera sido ejecutado por una civilización americana, deberíamos haber encontrado algún testimonio de una civilización mucho más avanzada que todo lo que se ha comprobado en este sentido.

El hecho de que no se hayan descubierto sepulturas y no existan tampoco huellas de habitaciones viene a reforzar la idea de que ese cobre no fue extraído por gentes que vivían en la región del lago Superior.

La extracción de 45.000 toneladas de cobre habría exigido, o bien una gran cantidad de mano de obra utilizada durante un período relativamente corto, o una mano de obra menos numerosa que efectuara ese trabajo en un período de tiempo sumamente largo. Tanto en un caso como en otro, debería haber restos de sepulturas, a menos que los muertos hubiesen sido trasladados a otro lugar, y también debería quedar algunas huellas de habitaciones permanentes, si es que las hubo.

La estimación en 5.000 ó 6.000 años, por lo que a la época se refiere, es seria. Estas cifras se han obtenido mediante la datación por radiocarbono de trozos de carbón de leña encontrados en los fosos debajo de grandes masas de cobre que habían sido izadas por la pendiente de la excavación y bajo las cuales se habían encendido fuego para tratar de ablandarlas a fin de poder fragmentarlas.

Si el trabajo de extracción no fue ejecutado por indígenas, ¿quién lo hizo? Queda planteada la cuestión. La solución más probable parecería ser los griegos. Grecia era un país pobre en recursos metálicos. Tenía poco cobre, y nada de estaño. El estaño utilizado en el bronce europeo procedía principalmente, lo sabemos, de Cornualles (en Gran Bretaña). Pero, para convertirse en una potencia mundial, Grecia tenía necesidad de cobre.

¿De dónde procedía ese cobre? Chipre lo poseía, aunque sólo en forma de mineral. Habría sido necesario refinarlo, para separar el metal. También África del Norte habría podido proporcionarlo, pero no se tiene ninguna indicación de que hubiera ocurrido así. Es preciso, o bien que los hombres de la Edad del Bronce hubieran poseído una mejor tecnología de la que siempre se ha supuesto, o que hubieran tenido acceso al cobre nativo. Y el único lugar conocido de donde pudieron venir grandes cantidades de cobre nativo es la región del lago Superior.

En Grecia, Henrickson trabajará en contacto con un programa de investigaciones llamado Copper Project (proyecto cobre), bajo la égida del Laboratorio National Argonne, de Lemont, Illinois, y del «Carleton College», en cooperación con la Universidad de Minnesota y la Comisión de Energía Atómica griega.

Estudiará objetos puestos a su disposición por diversos museos y grupos científicos griegos. Para el análisis, se necesita sólo una cantidad muy pequeña del metal de esos objetos, y éstos no quedan dañados. Se emplearán varios métodos muy elaborados para este análisis, algunos de los cuales implicarán la utilización de un reactor atómico, y ahí es donde interviene la Comisión de Energía Atómica griega. El cobre nativo es de una pureza tal que, en muchos casos, sólo entra una proporción de 1/10.000 de otros elementos. Y tales impurezas son el factor determinante para la identificación del cobre. Ese 1/10.000 puede estar compuesto de hasta 25 elementos diferentes, y eso también es importante en la determinación del tipo de cobre.

Teniendo en cuenta que cada masa de cobre fue originalmente depositada en un medio ambiente químico diferente y en un medio de condiciones características, cada yacimiento tiene sus propias particularidades en lo que concierne a los indicios de elementos en sus impurezas. Por esta causa se puede desvelar el secreto del origen del cobre.

El *Interamerican News Letter* de noviembre de 1970 menciona también esas misteriosas minas. Se sacó una considerable cantidad de cobre de esta región y, para su extracción, se necesitaron, al menos, unos diez mil hombres durante un período de mil años.

Si el cobre de Michigan demuestra haber sido esparcido por el resto del mundo, eso hará literalmente perder la cabeza a todos los difusionistas. Pero aun cuando ocurra esto, sigue sin respuesta la pregunta: ¿Quién lo extrajo? Y, como una posibilidad, nosotros pensamos en la civilización que, hace 5.000 años, según el profesor Hapgood, cartografió el mundo. Pero si, por el contrario, no se encuentra este cobre en ninguna parte del mundo, entonces, ¿quién se lo ha llevado...? ¿y a dónde...?

¿FENICIOS EN EL NUEVO MUNDO?

por RONALD J. WILLIS

La existencia de la inscripción de Paraíba, así como su sentido, ya no ofrecen dudas.

Aun los arqueólogos más reaccionarios lo admiten. Parece que los antiguos se desplazaban mucho más de lo que generalmente se cree, y exploraban más de lo que se supone. Muy recientemente, se ha demostrado que, en el siglo XIV de la Era cristiana, una inmensa flota china arribó a las costas de Africa. La concepción de una historia fragmentada, con civilizaciones bien separadas, está llamada a desaparecer.

En 1872, en Paraíba, Brasil, fue descubierta una piedra que llevaba una inscripción de ocho líneas cuyos caracteres, no pertenecían a las culturas conocidas de América del Sur.

En 1874, la inscripción fue sometida a la atención del profesor Ladislas Netto del Museo Nacional Brasileño de Río de Janeiro. Pero ni el profesor Netto, ni ningún otro sabio brasileño, parecen haberle concedido nunca una excesiva atención seria. No obstante, llegó a ser conocida en Europa, donde los infatigables eruditos alemanes se fijaron en ella. Al principio

fue considerada de origen fenicio. Más tarde, la filología alemana la descartó como no fenicia.

Al parecer, la piedra en cuestión se perdió.

Pero la inscripción subsistió en forma de copia. En la actualidad la controversia se ha reavivado. Ha aparecido un protagonista que sostiene el origen fenicio de la inscripción. Se trata del doctor Cyrus H. Gordon de la Universidad Brandeis (1).

Para reanimar la controversia han surgido dos factores. Uno de ellos procede del hecho de que nuevos descubrimientos efectuados en los escritos fenicios demuestran, según el doctor Gordon, que el uso de las palabras en la inscripción de la piedra de Paraíba es correcto, contrariamente a opiniones anteriores peor informadas. El otro factor procede del descubrimiento por parte del doctor Jules Piccus, de la Universidad de Massachusetts, en Amherst, de un cuaderno de notas que había pertenecido a Wilbeforce Eames, uno de los jefes encargados de la conservación de la Biblioteca Pública de Nueva York en el siglo XIX. En dicho cuaderno, se encontró una carta con fecha 31 de enero de 1874 dirigida a Mr. Eames por el profesor Netto. El doctor Piccus mostró esa carta al doctor Gordon. Éste sacó la conclusión de que la transcripción de los caracteres existentes en la carta era más plausible que la versión «definitiva» anterior, publicada en 1899.

Mientras que el profesor Frank M. Cross de Harvard continúa estigmatizando la inscripción como una «falsificación del siglo XIX», el doctor Gordon sostiene que el uso de una terminología desconocida por los arqueólogos en el momento de su descubrimiento prueba que no se trata de un fraude.

Así, pues, la controversia continúa. Pero, hasta el momento, sin prestar una atención visible a *otras* inscripciones consideradas fenicias halladas en Brasil. A grandes rasgos veamos cuáles son éstas:

(1) De Waltham, Massachusetts (*N. del T.*).

También en 1872, un ingeniero llamado Francisco Pinto pretendió haber descubierto inscripciones en más de veinte cavernas en la jungla brasileña; en total, aproximadamente, 250 inscripciones. A invitación del Gobierno brasileño, el filólogo alemán, Ludwig Schoenhagen, viajó al Brasil, estudió las inscripciones durante quince años y declaró que eran fenicias.

Hacia 1880, el francés Ernest Renan afirmó haber encontrado inscripciones fenicias.

A comienzos de este siglo, un industrial retirado de los negocios, Bernardo da Silva Ramos, pretendió haber descubierto más de 2.800 inscripciones en piedras, a lo largo del curso del Amazonas. Un rabino de Manaos declaró que, en su opinión, eran fenicias. Las obras o artículos que Ramos escribió acerca de este particular parecen haber sido prácticamente ignorados.

En general, se considera que los fenicios alcanzaron las Azores. En la más occidental de esas islas, Corvo, se dice que habían tenido lugar descubrimientos de monedas cartaginesas (en 1749), y rumores persistentes (aunque oscuros) hablan de la existencia de ruinas fenicias, incluyendo el descubrimiento, cuando los portugueses llegaron allí, de «una estatua ecuestre señalando hacia el Oeste», que, si es cierto, habría sido destruida desde hacía mucho tiempo.

Estimamos que convendría prestar atención a tales posibles corroboraciones de una presencia fenicia en el Nuevo Mundo (1).

(1) *Referencias* (los títulos siguientes servirán de sugerencia para más amplia información, la documentación existe en fuentes muy diseminadas, muchas de las cuales son difíciles de encontrar, y algunas imposibles de consultar incluso en gigantescas bibliotecas, tales como la del Congreso, en Washington).

Atlantic Voyages before Columbus (*Viajes atlánticos antes de Cristóbal Colón*), Frederik Pohl. «Ed. Norton», Nueva York, 1961.

They all discovered America (*Todos ellos descubrieron América*), Charles M. Boland, «Ed. Doubleday», Nueva York, 1961.

A esto conviene añadir el reciente *Before Columbus* (*Antes de Colón*), por el profesor Cyrus H. Gordon, «Crown Press», Nueva York, 1971 (*N. del T.*).

ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE EL TEXTO DE PARAÍBA

Extractos de «La autenticidad del texto fenicio de Paraíba», por el doctor Cyrus H. Gordon, de la Universidad Brandeis, en Orientalia *de Roma, vol. 37 (1968), pág. 75.*

Las extravagancias lingüísticas que hicieron caer la sospecha sobre el texto vienen, por contra, a apoyar su autenticidad. Ningún falsificador lo suficientemente conocedor de las lenguas semíticas como para componer semejante documento habría cometido tantos errores aparentes. Ahora que ha transcurrido un siglo, es evidente que el texto es auténtico, porque inscripciones fenicias, ugaríticas y otras en lenguas semíticas del Noroeste, nos muestran los mismos «errores».

La... demostración de la autenticidad de la inscripción de Paraíba no significa que todos los problemas estén resueltos, y que todas las palabras y todas las construcciones de frases hayan sido definitiva y perfectamente interpretadas. Sin embargo, el texto no es más difícil ni más anormal que el resto de textos fenicios conocidos.

La importancia de esta inscripción proviene de su significación histórica. Una distinguida americanista precolombina de-

claro a comienzos de este siglo: «(...) el papel de los fenicios como intermediarios de la civilización antigua fue mayor del que se ha supuesto y (...) América debe de haber sido colonizada a intervalos por mediación de esos navegantes mediterráneos» (Zealia Nuttall. *Los principios fundamentales de las civilizaciones del Antiguo y el Nuevo Mundo,* Peabody Museum, Cambridge, Massachusetts, 1901). En su obra, de más de 600 páginas, ella no menciona siquiera el texto de Paraíba, que había sido condenado como falso. Pero la creciente masa de pruebas que confirma su tesis víctima del ostracismo no deja la menor duda sobre la rectitud de su conclusión, que acabamos de citar. Su aceptación por americanistas e historiadores deberá ser precedida por el reconocimiento de la autenticidad de la inscripción de Paraíba por los pesimistas. El resto encajará entonces.

(El doctor Gordon es quizás un poco demasiado optimista sobre las cosas que, por sí mismas, encajarán en su lugar, especialmente si americanistas e historiadores consideran que han sido humillados por un simple lingüista... desgraciadamente, los celos entre disciplinas diferentes no son algo desconocido... En todo caso, esperemos a que los trozos encajen en su lugar.)

El boletín *New World Antiquity* («Markham House Press Ltd.», Brighton, Inglaterra) menciona en su número de setiembre/octubre de 1971, la obra *The Parahyba Phoenician Inscription,* publicada por su autor, Mr. Joseph Ayoob (Aliquippa, Pa, USA, 1971), que es la traducción en inglés de su libro titulado *Sakhrat Barahyba,* publicado en Beirut en 1961. Encontramos en ella esa nueva traducción de la inscripción:

«Nos acostamos en la tumba (el) hijo de Canaán llegado de SRNM (Surinam), la ciudad en ruinas y un depósito abandonado. Ni yo YZD (Yazid) el grabador a mediodía y gentes que buscan lo mejor de cada cosa. Y así en los años noveno y décimo de HRM (Hiram), nuestro rey murió. (Habíamos) abandonado alegremente ASU (Enzion-Geber) hacia un embarcadero sobre el mar Rojo y nos hicimos a la mar con diez navíos. Todos, ¡ay!, desaparecieron ante mis ojos: Hor y Chittim (nombres de navíos) fueron lanzados a esa tierra maldita; calor, frío y tempestades de nieve. Mir Baal y Lan (navíos) que bogaban juntos, quizá los veremos de nuevo escapados de las tempestades. Murieron, llegadas de KSHN, seis personas de Mbayh (seis kushitas de Mbeye), R (Rab, el capitán) y un número de diez hombres perecieron. Pérdidas para mí y (pero) porque para (mi) camarada Hnna (Hanno).»

Si a eso se añade que, en su número de abril de 1971, *New World Antiquity* ha publicado ya otras tres traducciones diferentes de la inscripción de Paraíba, vemos las múltiples trampas que acechan incluso a los traductores más experimentados, y por qué es tan difícil tener una completa seguridad *(N.D.T.).*

MONEDAS ROMANAS EN VENEZUELA

A fines del siglo XIX, un tesoro a base de piezas de monedas romanas fue descubierto en la costa de Venezuela. Las piezas, sin su recipiente original, fueron a parar a las manos del agregado militar americano en Caracas. Actualmente están en la Smithsonian Institution de Washington, D. C.

A propósito de esas piezas, Frederick J. Pohl indica en una nota de su obra sobre las travesías del Atlántico anteriores a Colón (ya citada): «Teniendo en cuenta que el tesoro incluye numerosas piezas repetidas, se supone que éstas no fueron reundas por algún coleccionista, sino que constituían la caja en

forma de especies de algún negociante para sus compras de mercancías. Como tales piezas fueron halladas amontonadas en un jarro, y no desparramadas por la playa, parece también razonable presumir que no fueron perdidas accidentalmente por alguien ni extraviadas en la arena, sino que fueron lanzadas a la costa a consecuencia de un naufragio, o deliberadamente enterradas por su poseedor. Debido a que hay monedas de todos los emperadores romanos hasta mediados del siglo IV, se conoce la fecha aproximada en que el barco las trajo.»

La carta que sigue a continuación, fechada el 7 de mayo de 1968, y que Paul J. Willis, secretario general del I.N.F.O. (The International Fortean Organization, PO Box 367, en Arlington, Virginia 22 2210), recibió de M. L. Peterson, presidente del Departamento de Historia de las Fuerzas Armadas, en la Smithsonian Institution (museo nacional de los Estados Unidos, Washington D. C. 20 560), aporta los últimos detalles a este respecto:

«Sigo ocupándome del tesoro de monedas romanas mencionado en su carta, y tengo la intención de publicar un informe cuando la tarea esté terminada. Muchas de esas piezas están terriblemente afectadas por la corrosión, y resulta difícil identificarlas con precisión. No obstante, puedo decirle que la mayor parte de esas piezas son romanas, junto con algunas monedas romanas prehispánicas. Se ha hallado dos piezas moras en el lote, una de ellas hispanomorisca, procedente del siglo VIII.

»En el momento en que facilité algunas informaciones sobre este tesoro a varias personas, que las han mencionado en sus escritos, yo no lo había estudiado completamente, y las piezas moras no habían sido identificadas. En consecuencia, dichas personas pueden haber llegado a una conclusión ligeramente errónea sobre la cronología de este descubrimiento, aunque en aquella época les di las informaciones que poseía. Asimismo, les expliqué que el estudio no estaba completado. Desgraciadamente, la vasija en que fue hallado el tesoro estaba ya destruida en el momento en que el agregado (*militar*) americano de nuestra Embajada en Caracas (propietario de las piezas) llegó al lugar en cuestión.

»Considerando el sumo interés de este descubrimiento, tengo el propósito de publicar un informe preliminar sobre él, aun cuando algunas de las piezas no pudieran ser exactamente identificadas.»

La presencia de piezas moras parece complicar más las cosas, y, ciertamente, modificar «la fecha aproximada del viaje», si en realidad formaban parte del cargamento de un barco.

EL OBJETO DE COSO

por RONALD J. WILLIS

El objeto de Coso, tal como Louis Pauwels y yo mismo hemos señalado en El hombre eterno, *es quizás una prueba de la existencia en el pasado de civilizaciones técnicas avanzadas.*

Es, por tanto, probablemente, el documento más importante de este libro, en el plano científico.

El 13 de febrero de 1961, Mike Mikesell, Wallace A. Lane y Virginia Maxey recogían muestras de minerales, especialmente geodas, a 8 ó 9 km al nordeste de Olancha, en California. Los tres eran los propietarios de «LM & V Rockhounds Gem and Gift Shop», en Olancha (una tienda de piedras semipreciosas y de regalos). A menudo, encontraban muestras interesantes que eran susceptibles de contener piedras semipreciosas, y las llevaban a la tienda para su examen.

Ese día, recogieron un saco de piedras cerca de la cima de una montaña de 1.300 m, que se eleva aproximadamente a unos 110 m sobre el lecho seco del Owens Lake. Una de las piedras recogidas fue al principio tomada por una geoda, aunque presentaba incrustaciones de conchas, o de fragmentos de

conchas, fósiles. Los geólogos creen, que hace aproximadamente 1.000 años, el nivel del lago llegaba hasta el lugar donde fue recogida la muestra.

Al día siguiente, de regreso a su tienda, Mike Mikesell cortó la «geoda» en dos trozos con una sierra diamantada de 25 cm. de diámetro. La piedra resultó difícil de cortar, y luego se comprobó que había gastado completamente la cuchilla de la sierra diamantada, la cual era nueva. No había ninguna cavidad en la piedra como las que se encuentra en muchas geodas. En lugar de eso, aparecía una sección perfectamente circular de una materia muy dura, cerámica o porcelana, con una varilla de 2 mm de diámetro, de metal brillante, en su centro.

La figura A (véanse láminas fuera de texto) muestra la parte exterior de las dos mitades de la piedra, una vez que ésta fue cortada en dos. En la mitad superior, la materia oscura situada a la izquierda, con puntos brillantes, es una especie de metal deslustrado.

La figura B muestra el interior de las dos mitades. Obsérvese que las dos partes redondas centrales parecen haber estado rodeadas de algo que ha dejado una cavidad hexagonal.

Pese a que de vez en cuando ha sido calificado de «geoda» por sus descubridores, y por otros, no se trata de una verdadera geoda. La corteza exterior está formada por arcilla endurecida con incrustaciones de piedra y conchas fósiles. En la corteza (aunque no son visibles en las fotos fuera de texto) se hallarían —dicen— dos objetos supuestamente no magnéticos parecidos a un clavo y una arandela.

Se pensó al principio que la materia que llenaba la cavidad hexagonal era madera petrificada. Se sugirió que esa madera había sido originalmente modelada en dicha forma hexagonal para servir como una especie de estuche o de envoltura para el objeto. No se sabe con claridad lo que los descubridores piensan que puede ser esta capa de la «geoda».

Un examen atento de la figura B muestra que se perdió una parte de la mitad inferior de lo que llenaba la porción hexagonal de la geoda. Fuera cual fuese esa materia, parece que era más bien blanda y desmenuzable, si una parte se cayó cuando el objeto fue cortado en dos.

Las figuras C y D muestran, respectivamente, las mitades inferior y superior tal como las presenta la figura B. Esas dos figuras son radiografías (de frente y de perfil), y principalmente muestran sólo el metal de la «geoda». Resulta claro que había un objeto en parte metálico envuelto en la piedra, y que fue cortado en dos, quedando más o menos una mitad de él encajada en cada una de las dos partes de la piedra.

El objeto central es una varilla de metal brillante de 2 mm de diámetro. Éste fue cortado en dos en 1961, pero, cinco años después, no presentaba ninguna empañadura. A su alrededor, aparecen unos 18 mm. de una especie de cerámica, rodeada exteriormente —parece— de una materia cuprosa, que está parcialmente afectada por la corrosión. La única parte magnética del objeto, según los descubridores, sería el vástago central de metal brillante.

Cuando se examina este objeto, la primera idea que acude a la mente, observando el conjunto formado por un trozo de cerámica de forma regular, una varilla metálica y un resto de cobre, es que se trata de una especie de aparato eléctrico. Si se observan las radiografías, se comprueba que el vástago atraviesa todos los componentes mostrados por las fotos, y, que en la figura C, parece haber sido corroído en su extremo. Sin embargo, en la figura D, se ve cómo el vástago termina, sin posible error, en lo que parece ser un muelle o una espiral de metal. Hay tres segmentos del objeto sobre el vástago, y el segmento central de cerámica con algo de cobre corroído es aquel que resulta visible, y que fue cortado en dos.

Nada indica, según las fotos (el autor no ha visto el objeto en cuestión), que pueda tratarse de un fraude. Un geólogo (¡no escogido!) examinó, dicen, el objeto y su ganga, ¡y declaró que el nódulo tenía al menos, 500.000 años de antigüedad!

Al estudiar las radiografías del objeto de Coso, el autor

pidió a Paul J. Willis que tratara de dibujar lo mejor que supiera aquello a lo que podría parecerse el objeto cubierto por la masa pétrea. La figura 2 muestra uno de los esbozos resultantes, mientras que Paul J. Willis se esforzaba en «volver a montar» juntas algunas radiografías de las dos mitades. De

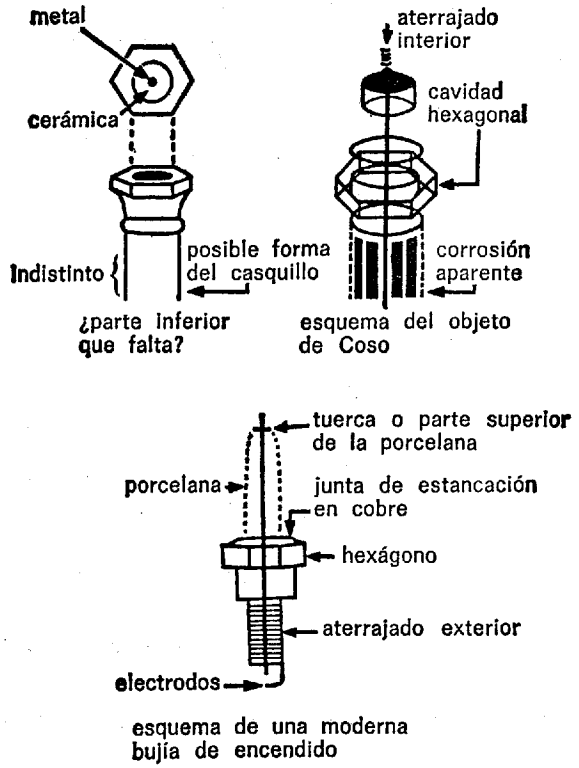


Fig. 1. *El objeto de Coso, comparado con una moderna bujía de encendido*

pronto, tras haber realizado el dibujo que aparece reproducido aquí, exclamó: «Oiga, ¿sabe usted a qué se parece una parte hexagonal como esta...? ¡A una bujía de encendido!» Me quedé asombrado, pues, de pronto, todas las piezas parecían

encajar. El objeto cortado en dos muestra una parte hexagonal, un aislante de porcelana o de cerámica, y una varilla central metálica, es decir, los principales componentes de toda bujía de encendido.

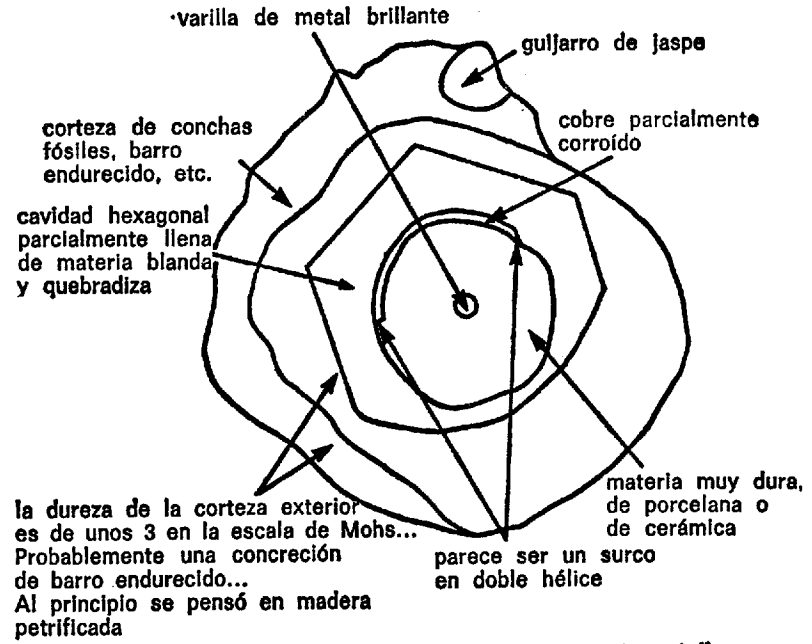


Fig. 2. *Estructura interna del objeto de Coso*

Entonces intentamos serrar en dos una bujía ordinaria cerca de su parte hexagonal. La porcelana, era, por supuesto, demasiado dura para una sierra de metal, pero la bujía se rompió y encontramos que todos los componentes eran similares a los del objeto de Coso, si bien, con algunas diferencias. El anillo de cobre en torno de las dos mitades que se ve en el objeto parece corresponder a una junta hermética de cobre

existente en la parte superior del casquillo de acero de cualquier bujía. La zona hexagonal vaciada en la masa está hecha probablemente de la herrumbre que queda de ese casquillo de acero. La parte inferior del objeto parece haber sido atacada por la corrosión, y no se puede deducir gran cosa de ella.

Conviene señalar asimismo que la varilla central de una bujía está hecha de un metal que tiene un color ligeramente cuproso, lo que Mrs. Maxey menciona como una característica de la varilla central del objeto.

La parte superior del objeto parece terminarse en un muelle en espiral, aunque hay ciertas posibilidades de que lo que vemos en la radiografía sea en realidad los restos de una pieza metálica roscada que se hubiera corroído. La pieza metálica más importante que aparece en la parte de arriba del objeto de Coso, no parece corresponder a ninguna parte de la bujía corriente que nosotros utilizamos en la actualidad. La figura 1 es una tentativa de hacer resaltar las semejanzas entre el objeto de Coso y una moderna bujía de encendido.

Pero, si el objeto de Coso es realmente una bujía de encendido, o algo similar, ¿de cuándo data, de dónde ha venido, y qué hace cubierta por lo que sus descubridores llaman una «piedra»? En primer lugar, no se sabe con exactitud qué es la materia que envuelve el objeto de Coso. En un lugar, Mrs. Maxey habla de ella como de «arcilla endurecida», y esta envoltura parece haber recogido en su superficie una variada colección de guijarros, el «clavo» y la «arandela», etc. Si la materia no es un depósito sedimentario, el objeto resulta mucho más fácil de explicar. Podría tratarse de una vieja bujía de hace un cierto número de años, que, de alguna manera hubiera acumulado a su alrededor una concreción de barro, y éste se hubiese endurecido en torno suyo. La materia superficial parece que tiene una dureza de 3 mohs, lo cual no es en realidad excesivo (1).

(1) El número 3 de la escala de Mohs (llamada así por el mineralogista alemán) corresponde a la dureza de la calcita, después del talco (1) y el yeso (2). El diamante (10) es el máximo.

La sierra diamantada probablemente tuvo dificultades sólo porque la persona que la utilizaba no se dio cuenta de la presencia de una materia tan dura como la porcelana en el objeto; y, sin embargo, se encuentran corrientemente cristales de cuarzo en las geodas, y el cuarzo es un poco más duro que la porcelana. Según un mapa geológico de la región en donde el objeto fue encontrado, se advierte que existen muchos antiguos pozos de minas y numerosas pequeñas minas, una de las cuales está apenas a 3 km del lugar del hallazgo.

Si este objeto no es un producto de nuestra tecnología moderna, representa seguramente uno de los más importantes objetos jamás descubiertos. No imaginaremos a los indios de California utilizando bujías de encendido, pese a que muchas invenciones tecnológicas pudieron haber aparecido muy temprano y haberse perdido en seguida, como, por ejemplo, la lentilla de cristal de Nínive y las baterías eléctricas babilonias.

Por casualidad, hemos podido recurrir a un miembro del I.N.F.O., llamado Egan, que vive en California y que hizo el viaje para ir a ver a Mrs. Maxey y Mr. Lane, actualmente en posesión del objeto. Mrs. Maxey dice ahora que la varilla central del objeto no es magnética, aunque había declarado en un artículo del *Desert Magazine* de febrero de 1961: «Esta varilla metálica sólo reacciona a un imán.» Según opina, esta pieza metálica es la que hizo tan difícil de serrar el objeto en dos. Mr. Lane tiene el objeto expuesto en su casa. Declara que está a la venta por 25.000 dólares; un poco caro si no se trata más que de una vieja bujía de encendido. Se dice que varios museos están interesados por este objeto, especialmente la Smithsonian (1), pero si la Smithsonian lo quiere, debe ser con el único propósito de dejarlo olvidado en sus sótanos, pues esto es lo que les ocurre a la mayor parte de sus muestras y especímenes.

(1) La Smithsonian Institution de Washington es una de las más importantes instituciones históricas, científicas y culturales; de hecho, es el museo más grande del mundo. Dieciocho millones de visitantes por año.

No se tiene ninguna indicación de que algún sabio profesional haya examinado nunca seriamente el objeto, de suerte que éste aún sigue siendo dudoso. El objeto de Coso parece que actualmente se une al «club» formado por el objeto de Casper, la momia de Wyoming, el manuscrito Voynich y muchos otros objetos forteanos que sus propietarios se niegan a dejar examinar por cualquiera sin cobrar una suma exorbitante.

LAS LOMAS ARTIFICIALES DE MIMA

por ELTON CATON

H. P. Lovecraft y otros novelistas fantásticos crearon la leyenda de los promontorios artificiales americanos, considerados como entradas a un mundo desconocido. Sin pretender dramatizar, es interesante, sin embargo, indicar que existen unos montículos parecidos en Rusia, Mogolia y China.

¿Fenómeno natural general? ¿Huellas de una civilización mundial?

El futuro lo indicará.

Cerca del extremo sur del Puget Sound existen decenas y decenas de hectáreas de extraños montículos. Los sabios han ofrecido de ellos diversas explicaciones:

a) construidos por hombres prehistóricos;
b) hechos por peces gigantes en un período durante el cual las praderas estaban sumergidas;
c) enormes hormigueros;
d) gofrados hechos por geómidos (1).

(1) Roedores esciuromorfos cavadores (*geomvidae*), de los que se afirma que, si no hubieran existido, América del Norte no tendría ni la vegetación, ni el aspecto, ni siquiera el clima que posee hoy en día.

Si se mira desde un buen punto de observación, a orillas de una de las praderas, se distinguen millares de montículos, todos perfectamente simétricos, que surgen del suelo como enormes globos semienterrados.

En ciertos lugares, hay hasta 10.000 de esos promontorios en un kilómetro cuadrado. Los mayores tienen de 2 a 2,50 metros de alto, y los más pequeños son sólo pequeñas jorobas apenas distinguibles. Pueden tener desde 1,80 hasta más de 20 m de diámetro. Y cuanto más grandes, más simétricos parecen. Todos los montículos de un determinado sector son aproximadamente de la misma altura.

Esas lomas han sido motivo de perplejidad desde que la expedición americana de exploración bajo el mando del capitán de fragata Charles Wilkes penetró en el Puget Sound en 1841. Pensando que se trataba de túmulos funerarios antiguos, hizo que excavaran en uno de ellos. No se halló ni un solo hueso. Hizo entonces excavar en otros dos, pero tampoco aparecieron osamentas.

Desde entonces, han sido abiertas centenares de esas pequeñas lomas, pero nadie ha encontrado en ellas el más pequeño vestigio que sugiera que seres humanos habían tomado la más mínima parte en su construcción.

La pradera en que están situados los ejemplos más impresionantes de tales montículos es llamada Pradera Mima; de ahí la denominación de montículos de Mima. La palabra *mima* procede del lenguaje *chinook*, y su significado se relaciona con la idea de muerte y sepultura. Sin embargo, no se conoce ninguna leyenda india que pueda explicar esas lomas.

Una de las explicaciones más increíbles ha sido propuesta por un eminente sabio, Louis Agassiz. Estaba observando un dibujo de los promontorios y escuchando su descripción, cuando, bruscamente, anunció que se trataba de los nidos de un pez (una especie de parásito succionador) (1) construidos en la

(1) De la familia de los catostomídeos, que puede alcanzar un tamaño bastante considerable, y muy extendidos en América del Norte.

época en que las praderas estaban cubiertas por el agua. Dejando aparte otros absurdos, las praderas del Estado de Washington no estuvieron jamás cubiertas por agua dulce, y sólo lo estuvieron por el agua salada posglaciar durante un breve período de tiempo.

Hubo un momento en que la teoría de los hormigueros estuvo de moda. En los claros bosquecillos de coníferas próximos a las praderas, vive una gran hormiga negra, llamada *Formica sanguinea*. Los nidos que construye están hechos de agujas de pino y ramitas, pero en ocasiones alcanzan 1,50 de altura. No es demasiado difícil imaginar una especie antigua de hormigas construyendo montículos aún más altos, de arena gruesa y fango. Esta teoría se vino abajo al encontrarse guijarros y piedras de cierto tamaño en el interior de muchas de las lomas de Mima.

En el transcurso de los años, se han descubierto numerosos indicios geológicos. Nadie está de acuerdo exactamente sobre a dónde apuntan eso indicios, pero al menos hay que tenerlos en cuenta. Algunas de las conclusiones que se han sacado de ellos fueron expuestas por J. Harlan Bretz en un boletín del servicio de topografía geológica del Estado de Washington.

Lomas bien formadas no se encuentran más que en las llanuras de fusión del glaciar Vashon, que recubría la región hace unos 15.000 años.

En las praderas de lomas, se formó hielo en las grietas. Y el hielo, al acumularse, empujó aún más el fango, formando un gran número de montones de tierra en forma de polígonos, y las propias grietas se ensancharon. Finalmente, los bloques de tierra se helaron también. Cuando llegó un gran deshielo, el hielo de las hendiduras se deshizo en agua, dejando en pie los grandes polígonos de tierra (que se derretían más lentamente que el hielo). Las formas redondeadas se explican por la erosión.

Otros sabios han encontrado fallos en la teoría de Ritchie. Discuten el hecho de que la región tuviera el género de clima que éste describe. Sostienen que la región no era mucho más

fría durante el período de formación de las lomas de lo que lo es hoy.

Está también la teoría de los geómidos. Ésta fue anunciada primeramente en 1941 por Walter W. Dalquist, en un momento en que se establecía un inventario de los mamíferos del sur del Estado de Washington. Más tarde, desarrolló esta teoría junto con Victor Sheffer, un biólogo del Departamento de Pesca y Fauna de los Estados Unidos. Hacen notar que en todas partes donde aparecen lomas, hay (o ha habido) geómidos. Plantean como postulado que cuando la capa de hielo de Vashon retrocedió y la vegetación se estableció sobre sus huellas, los geómidos comenzaron a instalarse procedentes del Sur. Finalmente, en la extremidad meridional del Puget Sound, tropezaron con un joven bosque de coníferas que había crecido a medida que el glaciar retrocedía.

Los geómidos no gustan de vivir a la sombra de un bosque, y, en lugar de avanzar más lejos, excavaron madrigueras en las praderas.

Dalquist y Sheffer pretenden que cada montículo representa el «territorio» de una familia de geómidos, y que el montículo era una serie de galerías exploratorias; las «raíces» de los montículos eran asimismo galerías abandonadas que se habían llenado de fango.

Los adversarios de esta teoría ponen de relieve el hecho de que no todos los montículos tienen «raíces» de fango. Asimismo, un geólogo escribe:

«Tras minuciosas investigaciones, más de 50 gruesos guijarros han sido retirados del interior de los montículos. El tamaño de esos guijarros varía de 5 a 50 cm. de diámetro, y un gran número de ellos fueron hallados muy arriba por encima de la base de la loma.»

Y se ha planteado la cuestión: «¿Cómo podría un geómido empujar una piedra del tamaño de un balón de fútbol hasta la cúspide de su nido?»

Para rematar el asunto, hay quienes afirman que los montículos crecen. Los cultivadores de la región empezaron a hablar de ello hace más de treinta años...

El doctor Sheffer, entre otros, ha considerado este último aspecto con suma seriedad (1).

(1) Véase *El misterio de las lomas de Mima,* por Jean Muir, en *True,* de enero de 1968, pág. 56.

EL MISTERIO DEL «POZO EN FORMA DE MEDIA LUNA»

por ANTONIN T. HORAK

Si la primavera de Praga hubiese continuado, si los viajes a Checoslovaquia no se hubieran vuelto difíciles, e incluso peligrosos, me habría marchado a investigar acerca de esta historia sobre el propio terreno.

Se trata del descubrimiento, durante la resistencia checoslovaca, en octubre de 1944, de una caverna recubierta de un metal desconocido. Amigos checos me han confirmado lo esencial de esta historia, que fue revelada en marzo de 1965. Por desgracia, en esos momentos tienen otros problemas, y yo los comprendo.

No por eso el enigma deja de resultar tan extraño como apasionante... Se puede, evidentemente, pensar en una intervención de extraterrestres, y eso es lo que yo preferiría.

Pero también se puede ofrecer una explicación natural. Checoslovaquia es rica en uranio, y, por otra parte, el radio fue descubierto en unos minerales checos. Quizás algún bombardeo radiactivo intenso, procedente de minerales ricos en radio, durante millones de años, ha transformado un mineral conocido en una aleación enteramente nueva que la ciencia actual ignora. Aleación que podría, tal vez, tener aplicaciones inte-

resantes... Me gustaría que, algún día, investigaciones más precisas, con medios modernos, aporten la verdad sobre un enigma que figura entre los más asombrosos de este libro y del planeta.

La aventura vivida que figura a continuación, relatada por un capitán de la Resistencia, durante el levantamiento eslovaco en el curso de la Segunda Guerra Mundial, sucedió en el mes de octubre de 1944. El doctor Antonin T. Horak —actualmente lingüista— se ha estado esforzando, desde hace años, en persuadir a los espeleólogos para que exploren lo que considera uno de los más extraños misterios del subsuelo: una especie de pozo de mina muy antiguo, que él descubrió en una lúgubre caverna checoslovaca. El relato está sacado de un Diario de ruta escrito en el lugar y publicado en el número correspondiente a marzo de 1965 de *N.S.S. News* (boletín de la Sociedad Nacional de Espeleología), con la autorización del autor. La caverna en cuestión está situada cerca de los pueblos de Plavince y Lubocna, aproximadamente a 49° 2' de latitud norte y 20° 7' de longitud Este (1).

RONALD CALAIS

23 de octubre de 1944: Muy temprano, ayer por la mañana, domingo 22 de octubre, Slavek nos descubrió en una trinchera y nos ocultó en esta gruta. Hoy, al caer la noche, él y su hija Hanka han venido con víveres y medicamentos. No habíamos comido desde el viernes, y, anteriormente, durante los dos últimos combates, sólo habíamos tenido pan de maíz, y ni siquiera el suficiente. Nuestra intendencia había llegado, de todos modos, al límite de sus aprovisionamientos, y los abastecedores habían sido dispersados por la desbandada y por el enemigo.

(1) En la región del Bajo Tatra.

El sábado por la tarde, los restos de nuestro batallón (184 hombres y oficiales, la cuarta parte heridos, y de ellos 16 en camillas) se retiraba por la nieve sobre la pendiente Norte. Mi compañía estaba situada a retaguardia. Al alba del domingo, dos cañones de 70 mm abrieron fuego sobre nosotros aproximadamente desde unos 300 m. Tras haber mantenido nuestra posición durante doce horas, ordené la interrupción progresiva del combate y el inicio de la retirada, pero en nuestra trinchera de la izquierda alguien no fue bastante prudente y recibimos dos impactos directos de granadas, lo cual nos causó dos heridos. Llegado el momento me enfrenté con el enemigo, recibí un bayonetazo y un disparo en la palma de mi mano izquierda, así como un golpe en la cabeza, que me puso fuera de combate. Sin mi gorro de piel, habría podido fracturarme el cráneo.

Recuperé el conocimiento cuando alguien, un campesino, me sacaba de la trinchera. El hombre aplastó un puñado de nieve sobre mi mano y mi cabeza, y sonrió. Luego, aquel expeditivo buen samaritano agarró a Jurek, le quitó el pantalón, sacó un largo fragmento de acero de su muslo y le colocó las nalgas desnudas en un montón de nieve. Martin, que tenía una profunda herida de través en el vientre, fue vendado suavemente. Mientras improvisaba unas parihuelas, el campesino se presentó con el nombre de Slavek, un criador de ovejas, propietario de los pastos de los alrededores. Necesitamos cuatro horas para llegar al refugio hasta el que Slavek nos condujo.

Slavek movió unas gruesas piedras y dejó libre una estrecha abertura, la entrada a esta vasta gruta. Después de haber situado a Martin en un rincón, nos quedamos asombrados al ver cómo Slavek se volvía ceremonioso: se santiguó, hizo la señal de la cruz sobre cada uno de nosotros, sobre la gruta, y, con una profunda reverencia, sobre la pared del fondo, donde un agujero atrajo mi atención.

En el momento de abandonarnos, Slavek se entregó a los mismos ritos religiosos, y me rogó que no avanzara más en su

caverna. Lo acompañé para recoger algunas ramas de pino, y él me dijo que anteriormente, a esta caverna no había venido más que una vez, con su padre y su abuelo. Según él, la caverna se trata de un inmenso dédalo, lleno de simas que ellos no habían tenido jamás deseos de sondear, y de bolsas de aire mefítico, además de estar ciertamente «encantada». Hacia medianoche regresé a la gruta junto a mis hombres; estaba agotado, y con un terrible dolor de cabeza que trataba de calmar con nieve. Martin se hallaba inconsciente, y Jurek tenía fiebre. Como desayuno-almuerzo-cena, él y yo bebimos agua tibia. Gracias a Dios, tenía mi pipa conmigo. Coloqué algunas piedras calientes en torno a Martin, y le tocó a Jurek efectuar la primera guardia.

Fue una noche difícil. Martin sólo estaba consciente algunos momentos; le di tres aspirinas y agua tibia para beber a sorbitos, junto con unas gotas de *slivovitz* (1). Jurek renqueaba, hambriento, en torno a los dos cascos alemanes en los que hacía hervir agua, a la cual yo añadía diez gotas de *slivovitz*, como todo desayuno para nosotros dos. Con aquella tempestad de nieve, el peligro de los aludes, además de los esquiadores enemigos merodeando, Slavek bien podía tardar varios días en regresar a nuestro lado con algunos víveres. Y yo no podía intentar cazar, y dejar así huellas en el terreno, teniendo dos hombres inmovilizados a mi cuidado. Pero allí estaba esa caverna que Slavek sólo conocía parcialmente; podían existir otras entradas además de la que él sabía, y quizás albergaba algunos animales en hibernación. Daba vueltas a estas posibilidades mientras Jurek masticaba corteza de abeto y, tal como yo había supuesto, éste me imploró que fuera a cazar en la caverna de Slavek, prometiendo no decir nada. Yo no sólo estaba hambriento, sino también ávido de descubrir aquello que tanto podía asustar a ese Slavek —hombre, sin embargo, muy seguro— que le hacía invocar a la Divinidad. Partí para

(1) Aguardiente «blanco» de ciruelas (*N. del T.*).

mi excursión a la caverna con fusil y linterna, antorcha y zapapico. Tras una marcha no demasiado tortuosa ni peligrosa, y habiendo cruzado algunos pasos angostos, llegué, aproximadamente al cabo de una hora y media, a un largo corredor horizontal, y, al final de éste, a un agujero del tamaño de un tonel.

Me deslicé por él reptando y, estaba aún arrodillado, cuando me quedé inmóvil por el asombro... pues ante mí se levantaba algo como una especie de gran silo negro, enmarcado en blanco. Al recuperar el aliento, reflexioné que se trataba de un muro o una cortina natural, curiosa, de sal negra, de hielo o de lava. Pero quedé sumido en la perplejidad, y luego en una especie de temor misterioso, cuando me di cuenta de que se trataba del costado, liso como cristal, de una estructura en apariencia de fabricación humana, que se hundía en la roca circundante. Magníficamente curvada, hacía suponer la existencia de un cilindro enorme de un diámetro que se aproxima a los 25 m. Allí donde la estructura y la roca se encuentran, gruesas estalactitas y estalagmitas forman ese marco de un blanco resplandeciente. La pared muestra un color negro azulado uniforme, y la materia de que está constituida parece combinar las propiedades del acero, el sílice y el caucho. El zapapico no deja ninguna huella en ella, y rebota fuertemente. Aun la simple idea de un artefacto del tamaño de una torre, enterrado en la roca en el centro de una oscura montaña, en una región salvaje donde ni siquiera la leyenda habla de ruinas, minas o industrias, y recubierto de concreaciones de época muy antigua, es asombroso; el hecho es como para producir escalofríos.

Una hendidura en esta pared, que no se distingue inmediatamente, parte desde abajo, con un ancho de 20 a 25 cm, y va disminuyendo de amplitud para desaparecer, ya con una anchura de sólo 2 a 5 cm, en el techo de la caverna. Su interior, a derecha e izquierda, es de un negro profundo y está marcado por surcos y crestas agudas del tamaño de un puño. El fondo de la hendidura tiene forma de cuezo bastante liso, en arenisca amarilla, y se hunde en una pendiente muy pronunciada (apro-

ximadamente 60 grados en la pared). Lancé al interior una antorcha encendida; ésta cayó y se apagó con chasquidos y silbidos resonantes, como si se dejara caer una reja de arado al rojo vivo en un recipiente de agua.

Decidido a proseguir mi exploración, y creyéndome lo bastante delgado como para deslizarme por aquel agujero de cerradura invertido, inicié el movimiento, contorsionándome de lado, con mi mano herida por delante y casi la cabeza abajo, muy estrechamente; aunque mi brazo derecho, que sostenía la linterna, pudo moverse en la grieta que se extendía más adelante, ésta se fue estrechando hasta asfixiarme y tuve que salir hacia atrás precipitadamente, lo que me costó un notable esfuerzo. Cuando hube salido y recuperado la respiración, estaba demasiado fascinado por todo ese enigma, y muy decidido a buscar su solución. Por el momento, ya tenía bastante, y era necesario que reflexionara sobre la táctica a utilizar.

A las 4 de la tarde estaba ya de regreso en el campamento. Jurek había aseado un poco a Martin, manteniéndolo entre piedras calientes; le di tres aspirinas y unos sorbitos de agua con *slivovitz*. Le expliqué a Jurek que la caza en la caverna exigiría mucho humo, estacas y una cuerda. Gracias a Dios, Slavek y Hanka acudieron con provisiones. Cuando se marcharon, los acompañé a fin de recoger ramas para hacer antorchas, y regresé al campo a las dos de la madrugada, muerto de fatiga; pero finalmente habíamos comido —Jurek, demasiado— y me encargué del segundo turno de guardia.

24 de octubre, 1944: Noche apacible; Martin había bebido tisana febrífuga con miel; esperaba que podríamos sacarlo de allí. El trasero de Jurek no estaba ni siquiera hinchado, pero mi cabeza seguía estándolo. Corté nuestros cinturones y trencé 8 m de cuerda sólida. A las 10 de la mañana, estaba otra vez ante el muro; até la cuerda a un bastón colocado de través en la grieta y, manteniéndola sobre mi hombro, me introduje de nuevo en la siniestra garganta. Como el día anterior, llevaba la lámpara —esta vez de carburo— sujeta en el extremo de un palo, en el agujero existente ante mí. Cuando lo hube franqueado y salido de él, la lámpara se balanceó libremente más abajo, en un vacío donde yo no podía ver nada y del cual llegaba también un ruido como de aguas turbulentas. Incapaz de darme la vuelta, temí que hubiera una sima llena de agua ante mí y que caería en ella literalmente de cabeza.

Me retorcí hacia atrás para remontar la pendiente; mi ropa se enganchó en unas asperezas y, arremangándose por encima de mis hombros y cabeza, formaron un tapón. En los esfuerzos desesperados que siguieron para liberarme, estuve a punto de escaldarme vivo. Cuando hube salido y estuve de nuevo sobre mis pies, temblaba de fatiga, y tuve visiones espantosas.

No había piedras basculantes en la pared; así, pues, tuve que desmenuzar algunas estalagmitas en pequeños trozos, que hice rodar por la fisura. Éstos seguían rodando y, finalmente, se detenían con un golpe. Lo cual indicaba que allí había un piso sólido con sitio para rodar. Lancé las antorchas encendidas detrás de las piedras, me desnudé, no conservando más que la camisa, y seguí el camino de las piedras y antorchas. Conociendo ya las peores asperezas existentes en la grieta, logré pasar con sólo algunos arañazos, di un pequeño salto, rodé por una pendiente y terminé detenido por una pared que me pareció familiar, lisa como el satén, al igual que la de arriba.

La lámpara seguía brillando a mi lado; percibí unos ruidos confusos. Encendiendo algunas antorchas, vi que me hallaba en un vasto pozo negro, curvo, formado por paredes verticales que se cortaban y constituían un túnel casi vertical —o más bien, una chimenea— en forma de media luna. No soy capaz de describir la oscuridad, ni los murmullos, susurros y gruñidos —ecos monstruosos producidos por mi respiración y mis movimientos. El piso era la pendiente sobre la que había rodado al entrar, un «pavimento» de caliza sólida.

Aún con todas las antorchas encendidas, no alcanzaba a ver el techo donde aquellas paredes terminaban o se encontraban. La distancia horizontal entre la cúspide de la curva cóncava

de la pared de delante y la de la curva convexa de la pared de detrás es aproximadamente de 8 m; la curva existente al pie de la pared trasera medía aproximadamente 25 m. Para proseguir la exploración, tenía necesidad de más iluminación y de mi zapapico que, al no pasar por la hendidura, había de ser desmontado.

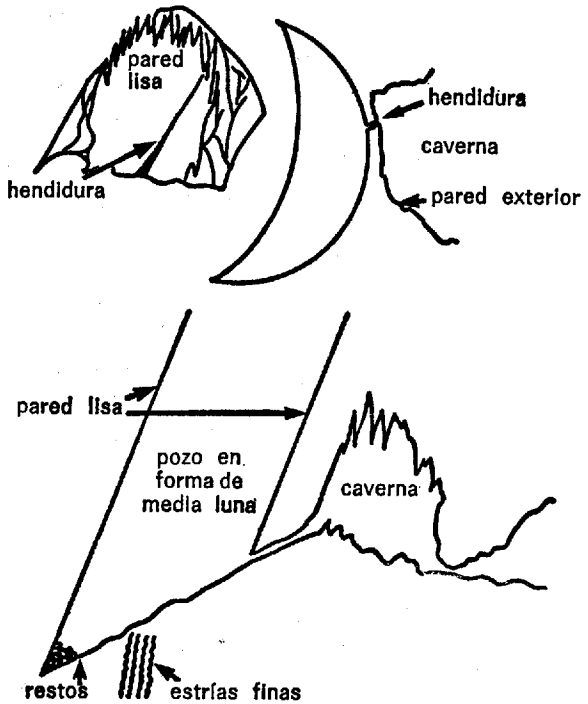


Fig. 3. La misteriosa caverna de metal, en Checoslovaquia.

Decidí regresar, jubiloso, inmerso en una especie de encantamiento mezclado con una determinación a explorar aquella enorme estructura que yo considero única y extraordinaria. Esta vez con la cabeza arriba, y sin ropa con la que pudiera quedar atrapado y asarme, pasé casi indemne, me vestí,

fumé una pipa y regresé a donde estaban mis hombres. Intenté cazar algunos murciélagos, pero no lo conseguí. Jurek estaba cociendo unas patatas y un trozo de cordero, por lo que se sentía inclinado a perdonar mi escasa destreza en la caza; se compadeció incluso de mis sufrimientos cuando tuvo que poner grasa sobre los arañazos de mi espalda y remendar la camisa. Martin comió un pedazo de pan junto con la tisana febrífuga mezclada con miel. Después de las 6 de la tarde, fui a buscar más ramas para hacer antorchas, y regresé a las 10. Jurek se hizo cargo de los dos turnos de guardia.

25 de octubre de 1944: Hemos pasado una buena noche. Martin parece mejorar. Me alegro de que el muslo de Jurek no esté todavía bastante bien como para que tenga deseos de venir conmigo a cazar murciélagos. Vale más que no sepa nada del secreto de la caverna.

Fui directamente a la pared, me desnudé como el día anterior, me unté con grasa de carnero, hice pasar los accesorios por el agujero y me deslicé por él con los pies por delante. Aun elevando la lámpara de carburo al extremo de una pértiga doble, y encendiendo cuatro antorchas, la parte superior de las paredes seguía en la oscuridad. Disparé dos tiros verticales, paralelamente a las paredes. Las detonaciones provocaron rugidos de trueno comparables a los de un tren expreso, pero no observé ningún impacto. Disparé entonces una bala a cada pared, apuntando a unos 15 m por encima mío, y obtuve grandes chispas de una tonalidad azul verdosa con un ruido tal que tuve que taparme las orejas entre las rodillas, al tiempo que veía danzar locamente unas llamas ante mí.

El montaje del pico ocasionó nuevos ruidos. Probé el «pavimento», y me puse a cavar allí donde la caliza era poco espesa, en los cuernos de la media luna. A la derecha, hallé arcilla seca, y a la izquierda, tropecé a unos 50 cm, con una capa de esmalte constituida por los dientes de un gran animal; cogí un canino y un molar y dejé el resto. Al continuar cavando cerca de allí, la pared del fondo presentó a 1,50 m por deba-

jo del pavimento, un aspecto suavemente acanalado, como ondulado verticalmente. Esta parte parecía más cálida que la superficie lisa. La palpé con los labios y las orejas, y creo que dicha impresión es correcta. En el medio, el pavimento es demasiado espeso para un pico de trinchera.

Cuando las antorchas se extinguieron, yo estaba empapado de un sudor helado; abandoné el pozo en forma de media luna, me vestí, marché al lugar donde se encontraban los murciélagos y abatí siete de ellos. Jurek los rellenó de pan y hierbas, con lo que se convirtieron en exquisitos «pichones».

Slavek y Olga, su otra hija, vinieron por la tarde con heno, paja, un poco de cordero, otras plantas medicinales —menta de flores azules y telefio— así como granos de lirio un excelente sucedáneo del café. Los acompañé, recogí ramas de pino para las antorchas, junto con dos largas pértigas, y estuve de regreso a medianoche. Martin se tomó las dos últimas aspirinas y un poco de agua con miel. Jurek efectuó los dos turnos de guardia.

26 de octubre de 1944: La noche fue buena. Regresé al pozo en forma de media luna para proseguir mis investigaciones. Pese a haber unido varias pértigas entre sí, la lámpara de carburo colocada en el extremo no lograba alumbrar la parte superior de los muros. Disparé por encima de la parte iluminada; las balas produjeron grandes chispas y ensordecedores ecos. Luego lo hice horizontalmente sobre el muro del fondo, con parecidos resultados —chispas, estruendos, ninguna astilla o fragmento, pero sí una marca de medio dado de longitud que desprendía un olor acre. Tras lo cual, me puse a cavar en el cuerno izquierdo, y comprobé que el aspecto acanalado se prolongaba hacia abajo; pero, en el cuerno derecho, no encontré ese aspecto.

Abandoné el «pozo» para sondear la pared exterior y sus alrededores. Cerca de las estalactitas algunas manchas que parecían esmalte; al rascarlas, soltaron un polvo, demasiado fino para ser recogido sin cola; trataría de fabricármela haciendo

hervir las garras de nuestros «pichones». Habría querido conseguir una muestra del singular material que constituía las paredes, pero aún disparando dos balas en la hendidura sobre las asperezas y tocándolas, no obtuve más que rebotes, un rugido de trueno, unas marcas y el mismo olor acre.

De regreso al campamento, capturé algunos murciélagos, y comimos nuevamente «pichones». Ordené a Jurek que hiciera desaparecer todo rastro de ellos, y puse las garras aparte. Los Slavek llegaron como de costumbre a la caída de la noche, trayendo en esta ocasión un cuarto de ciervo, medio kilo de sal y una caja de carburo. Jurek volvió a encargarse de los dos turnos de guardia.

27 de octubre de 1944: Martin murió durante el sueño. Jurek, que conocía a su familia, se encargaría de sus asuntos, incluyendo la cartera con 643 coronas, el reloj con la cadena y mi certificado de defunción. Ahora, podíamos irnos y reincorporarnos a nuestro batallón, que se encontraba en algún lugar al este de Kosice. Con su bastón, Jurek podía marchar una decena de kilómetros al día, y, de todos modos, debíamos desplazarnos con prudencia. Decidimos partir al día siguiente.

A las 10 de la mañana, estaba en la caverna, buscando si había algún paso para rodear el pozo por detrás; en cuanto al hielo y al aire mefítico de que había hablado Slavek, yo no los hallé, aunque es posible que existan. De inmediato, me deslicé al «pozo en forma de media luna» para dibujar, cavar y reflexionar. Regresé al campo hacia las 4 de la tarde. Ordené a Jurek que preparara nuestras impedimentas, limpiara las armas, cocinara alimento para siete días y tuviera dispuesto todo aquello que no necesitáramos para devolvérselo a Slavek. El padre vino con sus dos hijas, como si la familia hubiera presentido que Martin había muerto. Lo llevamos a la trinchera entre los pinos esmirriados, donde había recibido su herida mortal. Cada uno de nosotros hizo su turno para cavar la tumba; tras haber rezado, lo enterramos, envuelto en una manta.

28 de octubre de 1944: Noche de descanso; buen desayuno. Grabé mi nombre, etc., sobre una correa de cuero, luego la enrollé junto con el reverso de la caja de oro de mi reloj, para meterlo todo en una botella que tapé con un guijarro y una bola de arcilla mezclada con carbón de leña, y deposité ese testimonio en el «pozo en forma de media luna», sobre las cenizas de mis antorchas. Puede permanecer mucho tiempo ahí, quizás hasta que la estructura haya desaparecido completamente detrás de su cortina de estalactitas y estalagmitas. Slavek no tiene hijos a los que confiar el misterio de su caverna; sus hijas no lo conocen y, de todas maneras, las muchachas se casan generalmente en otros pueblos. En pocas decenas de años, nadie sabrá nada de ella, si no regreso y hago que la exploren.

Allí estaba sentado yo, cerca del fuego, preguntándome: ¿qué podrá ser esa estructura, con paredes de dos metros de espesor y una forma para la que no puedo imaginar ningún uso conocido en nuestros días? ¿Hasta dónde se hunde en la roca? ¿Hay algo más que ese «pozo en forma de media luna»? ¿Qué accidente, o quién, lo ha puesto en esta montaña? ¿Se trata de un objeto de fabricación humana, fosilizado? ¿Habrá algo de verdad en las leyendas, como la de Platón, respecto a civilizaciones perdidas hace mucho tiempo, poseedoras de tecnologías mágicas que nuestra razón no puede captar ni comprender?

Soy una persona sensata, de formación universitaria, pero debo admitir que allí, entre aquellas paredes verticales, de curvatura matemática, negras, relucientes como el satén, tuve la impresión de enfrentarme con un poder sumamente extraño y amenazador. Comprendo sin dificultad que hombres simples, pero inteligentes y de sentido común, como Slavek y sus antepasados, tengan la sensación de que en todo eso hay brujería, oculten ese «pozo en forma de media luna» y teman asimismo que, si su existencia fuera alguna vez revelada, ello no haga más que atraer hordas de turistas, y dé lugar a todo

el trastorno, perforación de galerías, explosiones, hoteles y puestos de venta, que destruiría probablemente su vida honrada, ligada a la Naturaleza.

Durante mi camino, de regreso al campo, rellené y disimulé los agujeros que conducen al muro; la caverna podía tener entradas que Slavek no conocía, y algún descubridor fortuito podría echarlo todo por la borda yendo a la busca de algún «tesoro», antes de que un equipo científico pudiera llegar. Regresé al campo a las 3 de la tarde, y, hacia las 5, llegaron los tres Slavek, trayendo algunos huevos duros.

Tras vigorosos apretones de manos a la eslovaca, cogimos nuestras armas e impedimentas y nos marchamos. En el momento de adentrarnos en los pinos, dimos la vuelta, descubriendo a Slavek que disimulaba la entrada de su caverna y a sus hijas borrando nuestras huellas. La luna resplandecía y la nieve brillaba.

En los postreros días de la Segunda Guerra Mundial, en ruta hacia Bohemia, visité nuevamente el lugar. Los Slavek vivían provisionalmente en Yzdar. Contemplé otra vez la tumba de Martin, así como la entrada de la caverna. Había llevado los dientes de animal que recogiera al conservador del departamento de Paleontología de Uzhorod, y éste los clasificó como pertenecientes a un oso de las cavernas, *Ursus Spaeleus*, adulto. Me planteé algunas preguntas acerca de este asunto: la hendidura es demasiado estrecha, el bloque de piedra caliza y las estalagmitas que hay delante no dejarían pasar restos; aquel oso parece que cayó en el «pozo en forma de media luna», el cual podría, por tanto, tener una comunicación con la superficie.

En mi última visita a aquellos lugares, examiné la ladera de la montaña por encima de la caverna, y no encontré ni agujero, ni sima que pudiera ser la supuesta comunicación con el «pozo» en cuestión. Pero en esas empinadas pendientes de los Tatras, los desprendimientos podrían haber borrado o rellenado semejante comunicación.

Ronald Calais, que comunicó el relato precedente, da la siguiente indicación:

«Añadiré una nota final interesante a esta comunicación. Se tienen sólo muy escasas informaciones sobre este caso, sin embargo, las daré: A unos quince metros de profundidad, fue descubierto, hace algunos años, un pozo circular en una cantera cerca de McDermott, en Ohio. Parecía haber sido excavado en la roca dura, en épocas precedentes. Los obreros no le prestaron gran atención y, seguidamente, rellenaron ese "pozo", echándole piedra de la cantera.» (Nos gustaría tener más detalles corroborativos, así como la indicación de fuentes exactas sobre este caso.)

LOS MISTERIOSOS CILINDROS DE CEMENTO DE NUEVA CALEDONIA

por ANDREW E. ROTHOVIUS

Australia, como Nueva Zelanda, es, en principio, una tierra sin historia. También ofrece un interés considerable el descubrimiento en Nueva Caledonia, de objetos que no son de origen natural ni tampoco humano, o, cuando menos, no relacionados con ninguna de las peripecias bien conocidas de la ocupación humana de Nueva Caledonia.

Los fanáticos del antiguo continente de Mu dirán, evidentemente, que se trata de vestigios de Mu. El propio autor del artículo, M. Andrew E. Rothovius, a quien se debe un estudio muy interesante, aparecido en Francia en los Cahiers de l'Herne, *sobre H. P. Lovecraft y los megalitos de Nueva Inglaterra, compara tales objetos con pilares hallados en las Marianas. Pero nada prueba que el continente de Mu haya existido. La hipótesis «interplanetaria» emitida por el autor es tan plausible como probablemente alejada de la verdad. En este terreno, como en otros, la verdad supera probablemente la ficción, y se encuentra, por el momento, fuera del alcance de nuestra imaginación. El pasado está muy lejos de las estructuras estereotipadas que se encuentran en los libros de Historia.*

Uno de los misterios más inquietantes y desconcertantes con que se han enfrentado los arqueólogos, en estos últimos años, ha sido el descubrimiento en Nueva Caledonia y en la vecina isla de los Pinos de unos notables cilindros hechos de mortero y de cal. Éstos no parecen ser de origen natural, y su edad es considerada más antigua que la de todos los cementos de fabricación humana, conocidos hasta ahora.

Descubiertos por L. Chevalier, del museo de Nueva Caledonia, en Noumea, capital de la isla, esos cilindros miden de 1 a 1,75 m de diámetro por 1 a 2,50 de altura. Están hechos de un mortero de cal muy duro y homogéneo, que contiene fragmentos de conchas cuya datación por el radiocarbono (C 14) va desde el año 5120 al 10950 antes de nuestra Era. Aun la fecha más próxima es anterior en unos 3.000 años a la época en que se cree que el hombre llegó al Pacífico del sudoeste, procedente de la región de Indonesia. (Los morteros de cal de las antiguas civilizaciones mediterráneas no se remontan más allá de algunos centenares de años antes de nuestra Era, como máximo.)

En su superficie, esos cilindros están salpicados de granitos de sílice y hierro que parecen haber quedado presos en el mortero cuando éste se endureció. Semejante característica es interesante porque los relaciona con los túmulos o montículos de arena y grava en los que fueron hallados los cilindros y que son tan extraños como los propios cilindros.

Existen unos 400 de tales túmulos en la isla de los Pinos, y, hasta el momento, se han descubierto en la propia Nueva Caledonia, cerca de una localidad llamada Paita. En la isla de los Pinos, esos túmulos son amontonamientos de arena y grava de un alto contenido en óxido de hierro; los de Paita están hechos de arena silícica. En ambos lugares, los túmulos tienen de 2,40 a 2,75 m de altura, y 90 m de diámetro como promedio. Están denudados y carecen de características particulares, no arraigando apenas ninguna vegetación en las arenas de que están compuestos.

Hasta hoy, sólo cuatro de esos túmulos han sido objeto de excavaciones. Pese a las minuciosas investigaciones, en ellos no se encontraron osamentas, ni objetos modelados, ni carbón de leña; sin embargo, tres de los túmulos contenían cada uno un cilindro, y el cuarto tenía dos, uno al lado del otro. En cada caso, los cilindros estaban situados en el centro de los túmulos (que parecen gigantescas toperas), en posición vertical.

Chevalier tuvo la impresión de que el mortero había sido vertido en unos pozos estrechos, excavados en la cúspide de los túmulos, y que se le había dejado endurecer sobre el terreno. Granos de la arena y la grava que constituirán los túmulos se habrían hundido naturalmente en el mortero, lo cual explicaría su presencia en la superficie de los cilindros.

Pero, ante todo, ¿qué razón concebible podría haber existido para vaciar esos cilindros? El origen natural parece excluido... y, sin embargo, no se ha encontrado ninguna prueba de intervención humana, ni en lo que atañe a los cilindros, ni para los túmulos, que son asimismo inexplicables como fenómeno natural.

Se podría imaginar que, tal vez, una nave procedente de otro mundo se detuvo en el aire... y envió al suelo a centenares de exploradores en pequeños vehículos separados, algo parecidos al Lem de la nave lunar *Apolo*. Cuando esos exploradores debieron regresar a la nave nodriza, tuvieron necesidad de pequeños soportes de lanzamiento, para lo cual mezclaron y vertieron el mortero de cal en la cúspide de los túmulos de arena y grava que habían amontonado con este fin...

¿Fantástico? De acuerdo, por supuesto; pues, ¿cuál habría podido ser el sistema de lanzamiento, que no dejó ninguna huella visible en la cima de los cilindros? No obstante, a menos que se encuentre un asolución imaginativa al misterio que éstos ofrecen, lo más probable es que la Ciencia ignore los túmulos y los cilindros de cemento de Nueva Caledonia,

dado que no se encuentra para ellos una explicación ortodoxa... y de ese modo correrán el peligro de ser destruidos y olvidados cuando se lleve a cabo la construcción de un aeropuerto o cualesquiera otras grandes obras en esta región. Nueva Caledonia fue una base de reagrupamiento de importancia básica para las fuerzas americanas durante la guerra del Pacífico, y su situación estratégica puede determinar que, en un futuro no muy lejano, se construyan aeropuertos civiles o militares.

Quizá se pueda mencionar un posible paralelismo entre los cilindros de Nueva Caledonia con los extraños pilares de piedra de la isla de Tinian, en las Marianas, situada a varios millares de kilómetros al Noroeste. En abril de 1819, la expedición francesa de exploración mandada por el capitán Louis Claude de Freycinet, a bordo de la fragata *Uranie,* visitó en Tinian un curioso lugar donde, en medio de una vegetación lujuriante que la rodeaba por todas partes, aparecía sólo una hierba extraña rodeando una doble hilera de columnas de piedra, de, aproximadamente, 4,50 m de altura, cada una de ellas coronada por un enorme guijarro de forma hemisférica y cuyo lado redondeado está colocado sobre la cúspide del pilar. En tanto que éstos aparecían en buen estado de conservación, con sus caras y aristas apenas erosionadas, los grandes guijarros se desmenuzaban bastante, por ser quizá de naturaleza más blanda, pese a que el relato del capitán Freycinet no aporta ninguna precisión en este sentido.

Los exploradores franceses se preguntaron si los pilares habrían sostenido en otro tiempo un techo o una plataforma, pero no pudieron hallar el menor rastro de ello. Lo que más les intrigó fue la aridez del terreno y la singularidad de la hierba existente alrededor de los pilares, pues, por lo que ellos pudieron determinar, el terreno era tan fértil como aquel en donde crecía una jungla lujuriante, pocos metros más allá.

Tinian estuvo sucesivamente bajo la dominación española, alemana y japonesa, hasta el desembarco de los *marines* americanos en 1944, y ninguna de esas administraciones alentó la investigación científica en esos lugares. En cualquier caso, el autor no ha encontrado ninguna otra indicación sobre esos extraños pilares de piedra y es posible que, si aún existía en 1944, hubiera sido destruida en los violentos combates que siguieron al desembarco americano, antes de que la isla fuese conquistada para convertirse en la base desde donde las fortalezas volantes «B-29» condujeron sus devastadores ataques sobre el Japón.

FUENTES Y REFERENCIAS:

Revue de la Société d'études mélanésiennes (Noumea, 1964); págs. 24-25.
Radiocarbone (publicado por la Universidad de Yale), vol. 8, de junio de 1966; informe sobre dataciones mediante carbono 14 por el Centro de Radiactividades Débiles, del C.N.R.S., de Gif-sur-Yvette, Essones.
Freycinet, Louis Claude de: *Voyage autour du Monde,* además de *Atlas historique,* París, 1825, págs. 279-280.

¿ALCANZARON LOS VIKINGOS LA COSTA DEL PACÍFICO?

por ANDREW E. ROTHOVIUS

La reciente obra: Norsemen before Columbus, *de J. Kr. Tornöe («George Allen & Unwin», Londres, 1965) aporta las pruebas científicas indiscutibles de una exploración vikinga del continente americano.*

La llegada de los vikingos a la costa del Pacífico no ha sido aún admitida por la ciencia oficial, pero no tardará en serlo.

En medio de un interés renaciente, estos últimos años, respecto a los viajes de los vikingos hasta la costa atlántica de América del Norte —interés que ha sido suscitado a causa del hallazgo por la Universidad de Yale del mapa de Vinlandia, así como por el descubrimiento de restos auténticos de establecimientos de los normandos en Terranova y en el norte del Labrador—, resulta bastante curioso que se haya despertado tan poca atención, cuando no ninguna, por los testimonios que sugieren que, al menos, una expedición de los vikingos —y quizá varias— habría contorneado todo el norte del continente

americano y franqueado el estrecho de Bering llegando hasta la costa del Pacífico.

De hecho, si consideramos que en la época de Eric *el Rojo* y Leif Ericson —siglos X y XI—, el hemisferio Norte gozaba de su período más cálido —exceptuando el que siguió a la última glaciación— y que el hielo polar ártico había disminuido tanto que los barcos a vela no habrían tenido, probablemente, dificultad en abrirse un camino a través del laberinto de islas y brazos de mar que forman el paso del noroeste al norte del Canadá, nada hay de sorprendente en la idea de que los vikingos hubieran tratado de descubrir lo que había más allá de esos pasos. Sin embargo, dado que los vientos dominantes en esas latitudes elevadas son del Este, les habría resultado mucho más difícil efectuar el viaje de retorno; y todo parece indicar que ninguno de los que se embarcaron en esa aventura consiguió regresar jamás.

El primer testimonio de un viaje de los vikingos hasta el Pacífico procede de las tradiciones tribales de los indios seri en la isla del Tiburón, situada en el golfo de California. Reducidos en la actualidad a un par de centenares de almas, los seris habrían sido antaño una tribu mucho más numerosa que dominaba a todos los demás indios de la costa oriental (mexicana) del golfo. Los seris cuentan todavía la historia de los «hombres-llegados-de-lejos» que «hace mucho tiempo, cuando Dios era un niño pequeño» desembarcaron en Tiburón «de un largo barco que llevaba una cabeza parecida a una serpiente».

Esos extranjeros, declaran las leyendas seris, tenían la barba y los cabellos blancos, y sus mujeres, los cabellos rojos. Cazaron las ballenas que abundan en el golfo (éste fue un territorio de caza favorito de los balleneros yanquis durante el siglo XIX), descuartizaron sus enormes armazones y pusieron su carne —que hicieron cocer en la orilla— en conserva, metiéndola en cestos que trenzaban con las cañas que crecían en Tiburón.

Luego, habiéndose aprovisionado así, los extranjeros reemprendieron la marcha siguiendo la costa en dirección Sur, pero estaban aún a poca distancia cuando su barco embarrancó y fue destruido por los rompientes.

Los supervivientes del naufragio regresaron a la costa a nado, y fueron bien acogidos por la tribu mayo, con la cual se mezclaron contrayendo matrimonio con sus miembros. Aún en nuestros días, los mayos dan origen, en cada generación, a algunos individuos con los cabellos rubios, o los ojos azules, o a veces ambas cosas, características que ellos afirman procedentes de los «hombres-llegados-de-lejos», y, hasta 1920, desterraban de la tribu a todos los que se casaban fuera de ella, al objeto de preservar esta herencia.

En la Conferencia Meteorológica de Toronto, que tuvo lugar del 9 al 15 de setiembre de 1953, Ronald L. Ives, del Laboratorio Aeronáutico Cornell, de Buffalo, Estado de Nueva York, pronunció un discurso sobre «los Estudios Climatológicos de la América del Noroeste», en el cual refirió esas leyendas, que son también citadas con más detalle en la obra de D. y M. R. Coolidge, *Los últimos seris* («E. P. Dutton», Nueva York, 1939), a título de testimonio en apoyo del «segundo máximo térmico», tal como se designa técnicamente al breve período cálido de la época de los vikingos. No obstante, los arqueólogos no han prestado ninguna atención a este informe, y ha permanecido desconocido por el gran público hasta la reciente publicación por la «World Publishing Co.» de Cleveland, Estado de Ohio, de *El Oeste misterioso*, de Brad Williams y Choral Pepper.

En dicha obra, los autores no sólo invocan las leyendas seri, sino que aportan testimonios adicionales respecto a los barcos vikingos que habrían alcanzando la región del golfo de California. La viuda aún viva de un asiduo frecuentador de los bosques de la baja California, Santiago Socio, asegura que su marido le dijo que había encontrado el casco de un antiguo barco, con escudos redondos enganchados a la borda,

en el fondo de un cañón, a unos 40 km al nordeste de Tecate, en lo frontera de los Estados Unidos y México, al este de Tijuana. Y, en marzo de 1913, Louis y Myrtle Botts, de Julián, Estado de California, bien conocidos como calificados buscadores de antigüedades, descubrieron la proa en forma de cabeza de dragón de un barco parecido a un drakkar, que sobresalía de la pared de un cañón, cerca de Agua Caliente Springs, en el lado estadounidense de la frontera. El fuerte temblor de tierra de Long Beach, ocurrido aquel mismo mes, desencadenó un deslizamiento de rocas que cerró el cañón antes de que ellos pudieran avanzar en sus investigaciones.

Es invocado un tercer testimonio, el de un colono llamado Nils Jacobsen, que encontró los restos de un barco de madera, en el desierto, cerca de Imperial City, en California, en 1907, y que los utilizó para construir una cochiquera. Es posible que se tratara de los restos de uno de los barcos de Juan de Iturbe, que, en 1615, vio su flotilla bloqueada en una bahía, actualmente desaparecida, existente en el fondo del golfo de California, donde tuvo que abandonarla y regresar a pie a México. Dio como explicación que el nivel del mar había descendido súbitamente en el canal que llevaba fuera de la bahía, lo cual impidió a sus barcos hacerse nuevamente a la mar.

El relato de Iturbe ha sido siempre considerado con escepticismo, creyendo la mayoría de las autoridades que el hombre dejó sus barcos en manos de los piratas y urdió esa historia para escapar a las pesquisas judiciales por no haber resistido resueltamente a los bucaneros. Sin embargo, es posible que hubiera dicho la verdad, y que las modificaciones bruscas del nivel del mar a las que el golfo de California parece, en efecto, estar sujeto tanto a causa de la actividad sísmica como a los desbordamientos periódicos del río Colorado, parecidos al que creó el mar de Salton en el desierto, hace unos sesenta años pudieran también haber atrapado a los barcos vikingos que penetraron antaño por estrechos brazos de mar en lo que actualmente no son más que áridos cañones. Parecería, ciertamente, que está indicada una exploración más profunda de la región, al objeto de determinar si aún pueden hallarse objetos vikingos, lo cual obligaría a reconsiderar totalmente nuestras ideas sobre el radio de acción de estos intrépidos piratas.

SEGUNDA PARTE

LOS EXTRATERRESTRES ENTRE NOSOTROS

EXTRAÑAS LUCES EN LAS COLONIAS AMERICANAS DE S. M. BRITÁNICA, EN EL SIGLO XVII

Después de todas las exhumaciones de viejos relatos sobre fenómenos similares a las visiones de objetos volantes no identificados —dicho de otra manera, «platillos volantes»— de nuestra época, resulta más bien sorprendente —al menos por lo que el autor sabe, y conste que posee un amplio conocimiento de toda la literatura «platillista» existente— que no se haya hecho mención jamás de las notables observaciones de ovnis relatadas por el gobernador John Winthrop (1) en su «Diario» de la primera generación de la colonia puritana en Boston, en el siglo XVII.

Los relatos de Winthrop son claros, detallados y están desprovistos de emoción. Es indudable que intentó dejar una descripción honesta de acontecimientos cuya realidad no tenía ningún motivo para poner en duda. Tales narraciones son, por consiguiente, del mayor interés para cualquiera que busque un testimonio auténtico de fenómenos del tipo ovni durante el período de la colonización de América.

El primer caso de ovni citado por Winthrop se produjo

(1) Personaje histórico muy importante en América. Desembarcó en 1630, en la bahía de Massachusetts, al frente de un millar de «puritanos» ingleses, con todo el ganado, útiles y aprovisionamientos necesarios para efectuar una colonización en gran escala.

en el mes de marzo de 1639, tan sólo nueve años después del establecimiento de la colonia puritana de Boston. James Everell, bien conocido como un «hombre sobrio y prudente», y miembro de la primera Iglesia Puritana desde 1634, atravesaba el Muddy River (el río fangoso) —que en aquella época era un brazo importante del río Charles en lo que actualmente es el sector de tierras terraplenadas de Back Bay en Boston— junto con otros dos hombres, en una barquilla, hacia las 10 de la noche, cuando de pronto resplandeció una gran luz en el cielo, encima de ellos. Aquel resplandor permaneció al principio estacionario, y parecía tener una forma cuadrada o incluso rectangular, de, aproximadamente 2,30 a 3 m de ancho, por lo que Everell pudo juzgar.

De improviso, la luz se desplazó muy de prisa por encima del río Charles hacia Charlestown, y luego regresó al mismo lugar. Durante dos o tres horas, continuó ese juego de zigzag sobre el Muddy River y el río Charles, alejándose la luz rápidamente, regresando también con gran rapidez, permaneciendo inmóvil unos breves instantes, y luego volviendo a comenzar el juego. Petrificados de espanto, Everell y sus compañeros temblaban, agazapados en el fondo de la barca, incapaces de remar o de impulsarse con la pértiga. Los brincos de la luz zigzagueante les recordaban «los movimientos de un cerdo tratando de escapar a su captura corriendo de acá para allá».

Cuando, finalmente el resplandor desapareció, Everell comprobó con estupefacción que, pese a que la marea había bajado durante todo aquel tiempo, el barquichuelo estaba, de hecho, situado más arriba en el río que cuando la luz apareciera por primera vez. Aparentemente, alguna influencia procedente de ésta había impulsado la barca contracorriente.

Winthrop no da más detalles sobre esta observación, excepto cuando declara que la luz fue vista por otras varias personas, más tarde, casi en el mismo lugar.

Cinco años después se produjo otro caso de ovni, aún más interesante. Hacia las ocho de la tarde del 18 de marzo de 1644,

numerosas personas del barrio de Boston que está situado frente al mar vieron un resplandor casi del tamaño de la luna llena levantarse por encima del horizonte marino, al Nordeste. Pocos minutos después, apareció otra luz muy similar, procedente del Este y acercándose a la primera que estaba en aquel instante encima de la isla de Noddle, en el puerto de Boston. Comenzó entonces una especie de juego del gato y el ratón entre aquellos dos resplandores: «Uno se aproximó al otro, luego se separó de él, de nuevo se acercó, repitiéndose esto varias veces hasta que, finalmente, ambas se hundieron detrás de la colina y desaparecieron.» A intervalos, lanzaban pequeñas llamas o destellos de luz, empujándose una a otra.

En el mismo momento, varias personas que estaban en el agua entre Boston y Dorchster pretendieron haber escuchado una voz procedente del cielo que decía «del modo más terrible» las palabras «pequeño... pequeño... ven... ven». Tales personas, de todos conocidas como gentes «sobrias y piadosas», sostuvieron que habían oído repetir esas llamadas una veintena de veces desde diversas direcciones. Aunque fueron incapaces de juzgar la distancia de donde procedía aquella voz, les parecía, no obstante, que se trataba de «una distancia muy grande».

Una semana más tarde, aquella luces fueron vistas de nuevo, y, aún siete días después, la voz celeste repitió sus llamadas, esta vez en el otro lado del puerto, hacia la isla de Noddle. El único comentario escrito de Winthrop a propósito de estos acontecimientos, aparte su simple relación, fue que este último lugar estaba próximo al sitio donde la pinaza del capitán Chaddock había sido destruida, unas semanas antes, por una explosión de pólvora de cañón ocurrida en la cala. Chaddock, declara Winthrop, era sospechoso de ser un experto en necromancia y de «haber hecho cosas extrañas al llegar de Virginia», donde estaba acusado de haber asesinado a su comandante. Los cuerpos de los hombres de la tripulación muertos en la explosión habían sido lanzados a la orilla, pero el de

Chaddock no fue hallado jamás.

No he encontrado otras descripciones de casos de ovnis entre los diversos escritores y memorialistas de la época colonial que he consultado, pero en *Life and Times in Hopkington, N. H. (La Vida Cotidiana en Hopkington,* New Hampshire), de C. C. Lord, publicado en 1890, apareció el interesante relato de lo que podría ser unas observaciones de ovnis en la colina Putney —conocida también con el nombre de colina Gould— en la parte Norte de la ciudad, que está situada frente al valle del Contoocook. Un resto de bosque de pinos de la ladera Norte de dicha colina tenía la reputación de haber sido un «observatorio indio», donde los centinelas pieles rojas estaban al acecho de los merodeadores enemigos. A partir de una época situada entre 1750 y 1800, unas bolas luminosas que flotaban en el aire y se desplazaban lentamente, fueron vistas con frecuencia encima o cerca de este bosque de pinos, tanto de día como de noche, aunque con preferencia cuando había oscurecido. Hacia 1820, un joven que, medio siglo más tarde, contaría su aventura a Mr. Lord, fue seguido hasta su casa, durante más de tres kilómetros, por varias de esas bolas luminosas, al caer la noche. Las bolas se detenían cada vez que él se paraba para lanzarles una mirada, y luego reemprendían su marcha cuando él lo hacía, pero nunca se aproximaban a menos de quince metros.

Ni en este, ni en ningún otro caso, hubo indicación alguna de hostilidad por parte de esos globos, y nadie sufrió jamás daño. En la época en que Mr. Lord escribió su relato, a finales del siglo XIX, había transcurrido al menos una generación sin que hubieran sido vistas, pero muchas personas se acordaban aún de ellas. Parece que la principal reacción de los que vieron los globos de la colina Putney fue la curiosidad, y el interés, más que el temor.

LOS MISTERIOS DE LA ERA DE LOS DIRIGIBLES

por LYLE GAULDING

Entre 1890 y 1924, por toda Europa y América corrieron rumores de dirigibles fantasmas y de curiosos ingenios aéreos. Inspiraron libros de ciencia-ficción como Robur el Conquistador, *de Julio Verne, y el* El Peligro Azul, *de Maurice Renard. En Inglaterra, hacia 1910, los testimonios sobre vuelos de zepelines fueron tan abundantes que dieron lugar a protestas diplomáticas contra Alemania. El propio emperador alemán ordenó una investigación que demostró que ningún zepelin había abandonado jamás su hangar para volar sobre Inglaterra. El misterio quedó sin resolver.*

Los misterios —desapariciones y accidentes inexplicados— que conciernen a navíos y aviones han sido bastante bien estudiados, y los más notables, muy adecuadamente expuestos para los que se interesen en ellos en obras como las de Charles Fort, Vincent Gaddiso Harold T. Wilkins. Pero la «gran época de los dirigibles», digamos desde 1900 a 1937, produjo también casos inquietantes e inexplicables que se refieren a las

grandes aeronaves «más ligeras que el aire» actualmente desaparecidas de nuestro mundo.

Durante la «Era de los globos» sucedieron algunos casos curiosos, que merecen ser señalados. Se produjeron algunas desapariciones inexplicables. Dos de los famosos globos lanzados desde París durante el sitio de 1870 no aterrizaron en Europa. Uno de ellos fue visto impulsado por el viento en dirección Oeste, por encima de Gran Bretaña. No caben apenas dudas de que los dos globos perdidos cayeron en el mar, pero el motivo por el que los pilotos no intentaron aterrizar sigue siendo un enigma.

Harold Wilkins, en *Misterios extraños del tiempo y el espacio,* cita el caso de un miembro del Parlamento británico, Walter Powell, que fue accidentalmente arrastrado por un globo en Bridgeport, Dorset, en 1881. Pese a que se llevaron a cabo minuciosas investigaciones, jamás pudo hallarse rastro de Powell ni del globo. El caso es particularmente notable en cuanto que, poco después de esa desaparición, fueron observados muchos ovnis.

En 1897, tuvo lugar la «gran acrobacia de aeronaves». Un objeto volante no identificado (o varios) fue observado en todos los Estados Unidos (¿y en otros lugares? Por lo que yo sé, la «acrobacia» de 1897 fue únicamente un fenómeno americano, pero me gustaría mucho recibir cualquier información en sentido contrario). Difícilmente se puede imaginar que el fenómeno de 1897 fuera realmente un verdadero navío «más ligero que el aire», pese a que el «ovni ladrón de vacas», relatado por A. Hamilton, de LeRoy en Kansas, el 21 de abril de 1897, parece asemejarse de forma notable a un dirigible. El testimonio de Hamilton es citado a la vez en *Anatomía de un fenómeno,* de Jacques Vallée (1), y en *Platillos volantes..., aquí y ahora,* de Frank Edwards. *

(1) Jacques Vallée es un joven investigador francés de quien G. H. Gallet ha publicado la primera novela —de ciencia-ficción—, *Le Subespace,* firmada con el seudónimo de Jérôme Sériel, en 1959. Posteriormente, Jacques Vallée se estableció en los Estados Unidos, donde publicó diversas obras de gran interés, entre ellas *Crónicas de los platillos volantes.*

* Obra publicada en esta colección «Otros Mundos». (*N. del T.*).

La historia más divertida relativa a las observaciones de 1897 es quizá la que contó el *Dallas Morning News* del 19 de abril de dicho año. En ese relato se declaraba que, la mañana del 17, la «aeronave» había sido vista en la vertical de Aurora, Texas. Pasó por encima de la ciudad, chocó con «el molino de viento de Juez Proctor» e hizo explosión. La historia continúa informando fríamente de que el cuerpo del piloto había quedado demasiado mutilado para poder ser descrito, pero que, con absoluta evidencia, no se trataba de un ser humano. Se indicaba también que se habían encontrado algunos papeles con símbolos desconocidos y que un oficial del Servicio de Transmisiones del Ejército americano creía que el piloto procedía del planeta Marte. «El entierro del piloto tendrá lugar mañana a mediodía.» Quizá no sea inútil señalar que tuvieron lugar observaciones de la «aeronave», incluyendo la de Hamilton, después del 17.

Otro misterio aéreo de 1897, éste más dramático, fue la desaparición de la expedición en globo de Augusto Andrée encima del Polo Norte. Ese misterio fue aclarado en 1930, cuando los restos de la expedición fueron encontrados en la isla Blanca, en el océano Ártico.

Los dirigibles fueron utilizados militarmente por primera vez en el transcurso de la Primera Guerra Mundial. De dichas aeronaves, las más impresionantes fueron los zepelines gigantes alemanes. El papel militar más importante de los zepelines fue el reconocimiento naval, pero los grandes dirigibles rígidos alcanzaron su mayor notoriedad al llevar a cabo los primeros grandes raids de bombardeo contra objetivos civiles. La primera incursión tuvo lugar sobre Amberes, a fines de 1914, y la efectuó un zepelín aislado.

En 1917, el progreso de las armas antiaéreas había convertido el espacio aéreo por encima de las ciudades aliadas, especialmente Londres, en algo bastante peligroso para las aero-

naves hinchadas con hidrógeno. Sin embargo, en octubre de 1917, la Marina alemana decidió efectuar una última gran tentativa. El 19 de octubre, once aeronaves gigantes, cada una de ellas de 210 m de largo e hinchada con 64.500 m^3 de hidrógeno, se reunieron encima de la costa inglesa en el momento del crepúsculo. Una capa de nubes protegía a los zepelines. Durante cinco horas, las grises aeronaves cruzaron por encima de los Midlands, infligiendo con sus bombardeos daños considerables. Luego, hacia medianoche, estalló una tempestad que empujó los dirigibles hacia la Mancha. Pronto fueron atacados, y hubieron de elevarse hasta 6.000 m, donde sus tripulaciones sufrieron terriblemente a causa del frío y la falta de oxígeno. Al alba, seis zepelines habían regresado a Alemania, pero cinco de ellos estaban aún a la deriva por los cielos de Francia. Pronto dos de ellos cayeron envueltos en llamas, y los comandantes de otros dos, ante la imposibilidad de mantenerse a gran altitud, decidieron sacrificar sus aeronaves efectuando un aterrizaje forzoso en territorio enemigo.

Tan sólo uno de los cinco quedaba aún en el aire. El «L-50» trataba de regresar a su base volando a gran altura. Al pasar por encima de los Alpes franceses, la reserva de oxígeno comenzó a agotarse, y el comandante dio orden de descender. Inmediatamente comenzaron a aparecer los picos de las montañas por entre las nubes, y el comandante ordenó parar los motores. Pero los mecánicos encargados de los motores estaban demasiado débiles para obedecer las órdenes. El «L-50» chocó con un pico, y la barquilla de mando así como la góndola del motor trasero fueron arrancadas. Y, mientras el capitán y la tripulación se desprendían de los restos, vieron cómo el «L-50», con sus recipientes de gas aparentemente aún intactos, se elevaba rápidamente en el cielo y desaparecía fuera de la vista, con algunos miembros (cuatro, según una versión) de la tripulación todavía a bordo. No se les volvió a ver jamás.

¿Qué le ocurrió al zepelín abandonado? Ciertamente, no aterrizó en Europa. Una aeronave de 210 m en un campo de

coles, o incluso en los Alpes franceses, no pasa fácilmente inadvertida. Un dirigible no rígido, con una envoltura totalmente de tela, habría podido arder por completo, y dejar sólo algunos restos, pero un zepelín tiene un importante esqueleto de aluminio. Es posible que el «L-50» cayera al agua, quizás en el Mediterráneo, si bien parece que sus recipientes de gas, aun parcialmente deshinchados, la habrían mantenido a flote un cierto tiempo, o, al menos, la superficie habría quedado cubierta de restos flotantes.

Cuando se proclamó el armisticio, en noviembre de 1918, el enorme zepelín nuevo «L-72» estaba terminándose en las fábricas «Zeppelin» de Friedrichshafen. Si la guerra hubiera continuado, el «L-72» debía efectuar junto con otros dos grandes dirigibles perfeccionados, un raid de bombardeo sobre Nueva York. En la primavera de 1919, el capitán Ernst Lehman (el mejor comandante de zepelín, que, más tarde, debía morir a causa de sus quemaduras tras el desastre del *Hindenburg*), preparaba la aeronave para una travesía atlántica de ida y vuelta sin escalas. El Gobierno alemán, temiendo que los americanos consideraran ese vuelo como arrogante o amenazador, ordenó el abandono del proyecto. Posteriormente, el Tratado de Versalles entregó el «L-72» a Francia en concepto de reparaciones de guerra.

En manos de los franceses, la aeronave, rebautizada *Dixmude*, conquistó muchos y notables récords de resistencia. El 18 de diciembre de 1920, el *Dixmude* despegó para un vuelo por encima del África del Norte a fin de establecer aún nuevas marcas. Iba mandado por el capitán de fragata Du Plessis de Grénedan, y llevaba una tripulación de 40 hombres, además de 10 observadores.

El 21 de diciembre, el dirigible fue visto sobre Túnez, pero se levantó una tempestad y el contacto se perdió durante un cierto tiempo. El 24, el Gobierno francés anunció que se había recibido un mensaje por radio informando de que el *Dixmude* sufría problemas de motor, y el comandante buscaba un lugar

para aterrizar. El mismo día, el dirigible fue nuevamente localizado sobre Túnez. Se consideraba que debía estar al límite de sus reservas de carburante. El 27 de diciembre, el Gobierno francés modificaba su historia. La última señal de radio había sido recibida el 21, siendo el 20 el día que se le había visto por última vez, de manera cierta, cerca de Biskra, al sur de Argelia, y a unos 400 km al sudoeste de Túnez. Nuevamente, el 26, fue visto cerca de In-Salah, en el Sáhara, casi en el centro geográfico de los territorios argelinos.

En aquellos momentos, estaban ya en marcha operaciones de búsqueda, lo más completas posible, tanto en el Mediterráneo como en el Sáhara. Las autoridades francesas creían que el *Dixmude* había caído en el desierto, pero, el 29, se descubrió un nuevo indicio: unos pescadores hallaron el cuerpo del comandante Du Plessis de Grénedan frente a las costas de Sicilia. Su reloj se había detenido en las 2.30 h. Tras ese descubrimiento, un jefe de estación de la isla afirmó haber visto un resplandor sobre el mar a las 2.30 h, el 23 de diciembre. El 31, los restos carbonizados de la barquilla de mando fueron también descubiertos en el mar cerca de Sicilia.

Todo esto es, cuando menos, inquietante. Se supone que el *Dixmude* fue destruido por una explosión de hidrógeno o por un incendio, sobre el Mediterráneo, el 23 de diciembre; pero las patrullas navales francesas surcaban ya el mar en esa fecha. Un solo cuerpo y unos pocos residuos, para un zepelín de 210 m, con 50 hombres a bordo, parece insuficiente. Habría debido haber, al menos, varios cuerpos y una gran cantidad de restos. Además, algo había sido visto sobre In-Salah el día 27. Si no se trataba del *Dixmude*, ¿qué era entonces?

Ninguna de las teorías propuestas parece concordar con todos los hechos conocidos. La mejor idea que podamos presentar es ésta: el *Dixmude*, como el «ZR-2» angloamericano y el *Shenandoah* americano, se partió en dos, ardiendo la parte delantera, en tanto que la trasera, con la mayoría de la tripulación a bordo, regresó a la deriva por encima del África del Norte y cayó en el Sáhara. Pero incluso esta hipótesis, poco probable, no es completamente satisfactoria.

En mayo de 1926, el dirigible semirrígido *Norge* «N-1», construido en Italia y perteneciente a Noruega, voló sobre el Polo Norte, desde Spitzberg hasta Teller, en Alaska. La aeronave estaba mandada por su constructor, el general Umberto Nobile, pero, oficialmente, los jefes de la expedición eran Roald Amundsen y Lincoln Ellsworth. Tanto en el curso del viaje, como posteriormente, surgieron desacuerdos personales entre Amundsen y Nobile, y éstos se acentuaron hasta adquirir las proporciones de una guerra a muerte. Nobile, que tenía la sensación de que le había sido arrebatado el mérito de ese vuelo transpolar, logró obtener de Mussolini que autorizara una expedición polar en un dirigible enteramente italiano.

En mayo de 1928, el nuevo semirrígido *Italia* «N-4» voló hasta Spitzberg para comenzar allí una ambiciosa serie de vuelos de exploración científica sobre las regiones polares. El 23 de mayo, el *Italia* partió para su primer vuelo hacia el Polo. Consiguió sobrevolarlo, dejando caer en él unas banderas (la italiana, además del pabellón de la ciudad de Milán que permitió su construcción), así como una cruz bendecida por el Papa, efectuando también algunas observaciones científicas. Nobile decidió entonces regresar a Spitzberg, pero el dirigible se encontró expuesto a vientos contrarios y nieblas escarchantes. Por la mañana del 25, sobrecargado de hielo y con sus timones de profundidad bloqueados, el *Italia* se abatió sobre el banco de hielo. La barquilla de mando y la góndola del motor trasero fueron arrancados, dejando nueve hombres sobre el hielo. Entonces el globo, con el pasillo de quilla y los dos motores restantes, se llevó a los otros siete hombres.

Al cabo de cerca de un mes de estar en el hielo, los supervivientes de la primera caída consiguieron establecer contacto por radio con su navío de reavituallamiento. Y, finalmente, los nueve hombres fueron traídos sanos y salvos a Europa.

A partir del momento en que la posición del pequeño grupo

de la tripulación de Nobile fue establecida, Roald Amundsen despegó con una expedición de socorro en un gran hidroavión (1). Encima del mar de Barents, el aparato y su tripulación desaparecieron, no hallándose de ellos nunca más ningún rastro (cuando el *Norge* volaba sobre el Polo, Nobile había lanzado una gran bandera italiana que estuvo a punto de engancharse con una hélice, y se oyó a Amundsen decir: «Decididamente, este hombre será causa de mi muerte.»). Jamás se encontró el menor rastro del *Italia,* ni de los siete hombres que habían quedado a bordo.

En el transcurso de la década de 1930, las catástrofes que ocurrieron al «R-101», el *Akron* y el *Macon,* provocaron el abandono de los dirigibles rígidos por parte de Inglaterra y los Estados Unidos. Sólo los alemanes, con el viejo *Graf Zeppelin* y el nuevo *Hindenburg,* prosiguieron los vuelos transatlánticos. El 6 de mayo de 1937, el *Hindenburg* fue destruido por el fuego en Lakehurt, Nueva Jersey. La confianza del público en los dirigibles quedó definitivamente aniquilada. Cuando comenzó la Segunda Guerra Mundial, el viejo *Graf Zeppelin* y el nuevo gemelo del *Hindenburg,* el *Graf Zeppelin II,* fueron desguazados por el gobierno nazi. Quedaron sólo entonces los dirigibles no rígidos, hinchados con helio *(blimps),* de la marina americana.

El 16 de agosto de 1942, el *blimp* «L-8» despegó de Moffet Field, California, para efectuar una patrulla antisubmarina. A bordo se encontraba el teniente Ernest Cody y el alférez Hank Adams, este último un superviviente de la catástrofe del *Macon.* El pequeño dirigible había abandonado su mástil de amarre a las 6 de la mañana. A las 7.50 h, Cody informó de una mancha de aceite en el mar, y luego ya no se recibió ningún otro mensaje de radio del «L-8». Se enviaron algunos aviones en su busca, pero éstos fueron estorbados por una capa de nubes bajas. A las 10.30 h, un avión de transporte vio al *blimp* en la región de la bahía de San Francisco. Un cuarto de hora más tarde el pequeño dirigible aterrizó en una playa cerca de Fort Funston. Cuando unos pescadores intentaron amarrarlo, vieron que la puerta de la cabina estaba abierta y que no había nadie a bordo. Una ráfaga de viento empujó al «L-8» a lo largo de la playa. Chocó entonces con un acantilado, y una granada antisubmarina se soltó de su soporte. Aligerado, el dirigible se elevó de nuevo y partió a la deriva hacia el Sudeste. A las 11.15 el «L-8» se posó suavemente en tierra al sur de San Francisco, en una calle de Daly City. Había sido forzado a aterrizar a causa de un desgarrón que, aparentemente, se había abierto en la colisión con el acantilado. Los dos miembros de la tripulación no estaban a bordo, como tampoco los chalecos salvavidas de reglamento, pero todo el resto del equipaje, incluyendo el material de salvamento y supervivencia, estaba intacto. Cabe suponer que el dirigible fue abandonado unos minutos después de haber sido descubierta la mancha de aceite en el mar; pero, si sus ocupantes hubiesen caído en ese lugar, habrían sido vistos por los navíos de superficie que estaban en los alrededores. Y si hubieran caído más tarde, habrían flotado los cuerpos, o al menos los chalecos de salvamento. Si tenemos en cuenta la mala visibilidad de ese día, se puede suponer que los aeronautas habían posado voluntariamente su dirigible en el mar y desembarcado de él, pero el que lo hubiesen hecho sin lanzar un mensaje de radio exigiría algún motivo desconocido y de mal augurio. No se puede razonablemente suponer ninguno por parte de los dos hombres. La Marina americana no ha podido encontrar explicación válida alguna para la desaparición de la tripulación del «L-8». El asunto sigue siendo un misterio.

El zepelín es una especie extinta y el *blimp* tiende a serlo. Podría suceder que el dirigible desapareciera de los aires en los próximos años. No obstante, un pequeño dirigible rígido de un nuevo modelo está actualmente en período de pruebas en Nueva Jersey y, en Alemania, la idea del zepelín no está completamente muerta. El dirigible gigante podría volver de nuevo.

(1) Un hidroavión bimotor francés «Latham 47», pilotado por el comandante Guilbaud, con la tripulación compuesta por Cuverville, Valette y Brazy, además de los noruegos Amundsen y Dietrichsen, todos los cuales desaparecieron el 18 de junio de 1928.

El tema del artículo de Lyle Gaulding sobre «Los misterios de la Era de los dirigibles» es recogido en numerosas comunicaciones que han llegado hasta nosotros recientemente. El propio Mr. Gaulding ha enviado un recorte del Entreprise *de Beaumont, Texas, fechado en el 26 de junio de 1966.*

«Las observaciones de ovnis no son nuevas en Texas. La primera, cronológicamente hablando, se remonta a 1897. Recordando la época de la "gran acrobacia de aeronaves" de 1897, el artículo reproduce un relato del Morning News *de Dallas, del 19 de abril de 1897: "Aurora, condado de Wise, 17 de abril. Hacia las 6 de la mañana, los madrugadores de Aurora quedaron asombrados por la súbita aparición de la aeronave que navegaba por el cielo de la región (...).*

»"Pasó directamente sobre la plaza central y, cuando alcanzaba la parte norte de la ciudad, tropezó con la torre del molino de viento del juez Proctor y voló en mil pedazos tras una explosión terrible, esparciendo restos en varias hectáreas de terreno, dañando el molino de viento y el depósito de agua, así como destruyendo el jardín del juez.

»"Se supone que el piloto estaba solo a bordo de la aeronave, y, aunque sus restos están espantosamente desfigurados, se ha encontrado los suficientes de ellos como para afirmar que no se trataba de un habitante de nuestro mundo.

»"Mr. T. J. Weems, el oficial del Servicio de Transmisiones del Ejército de los Estados Unidos estacionado en este lugar, es un astrónomo autorizado, y afirma que, en su opinión (el piloto), era nativo del planeta Marte...

»"Los papeles encontrados (...) están escritos en jeroglíficos desconocidos. Esta nave aérea está demasiado destruida como para que se pueda sacar una conclusión cualquiera sobre su construcción y su energía motriz (...).

»"La ciudad está llena de gentes que vienen a contemplar los restos y recoger algunos especímenes de metal extraño en-



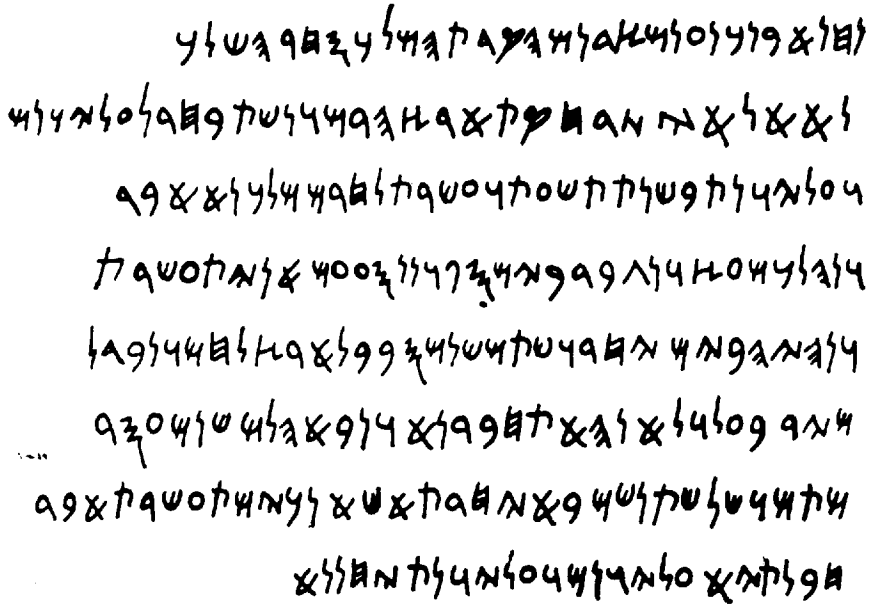
Figurillas de Acambaro. *(Documento INFO. Arlington, Virginia.)*





Figurillas de Acambaro. *(Documento INFO.)*

Misteriosas inscripciones de Parahyba. *(Documento INFO.)*

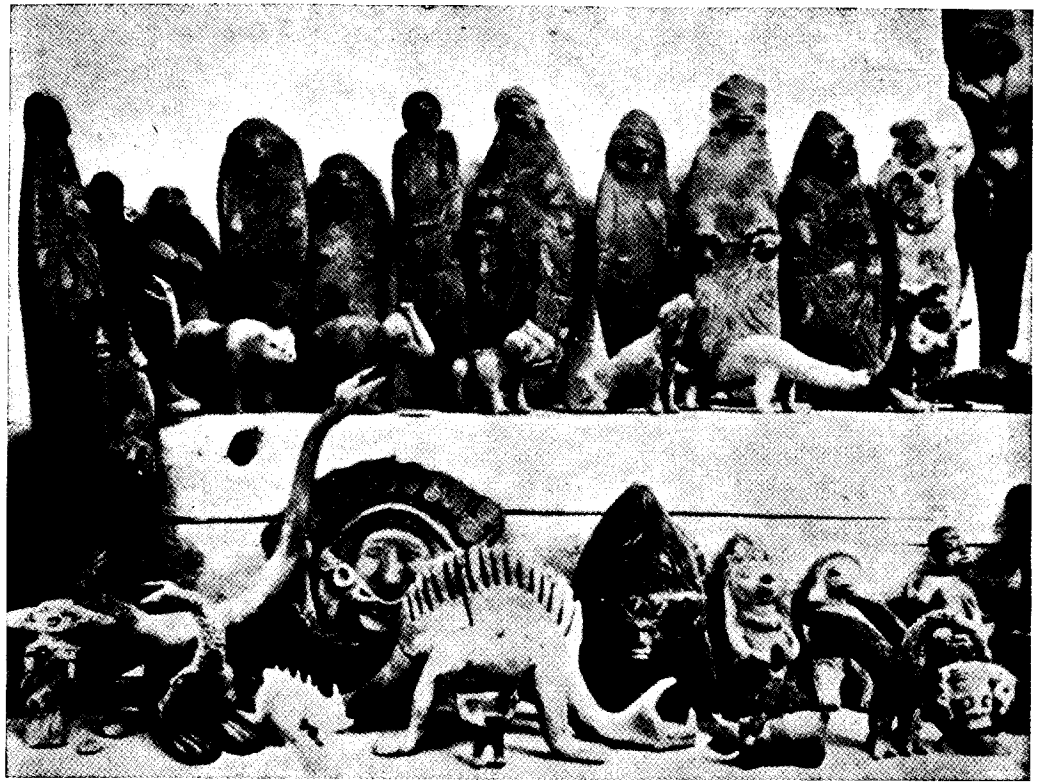


tre los escombros. El entierro del piloto tendrá lugar mañana al mediodía.»

No nos atreveríamos a sugerir que nadie fuera a Aurora a ver la tumba del piloto... sobre todo después de la carta que sigue:

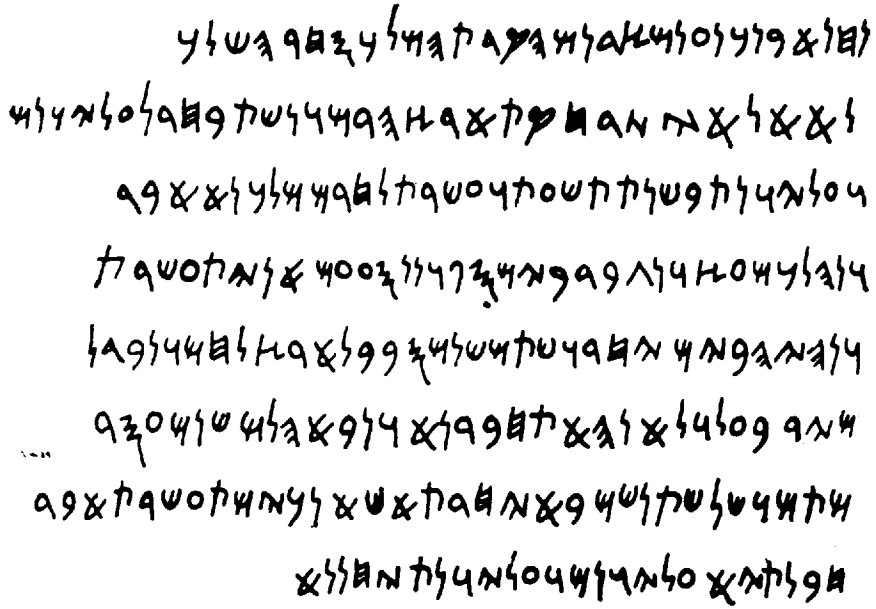
«...Me gustaría añadir algunos comentarios a la historia de la "caída de aeronave" en Aurora, Texas, el 17 de abril de 1897. Como quizás ustedes saben, este relato, en particular, interesó grandemente al doctor J. Allen Hynek, consultor astronómico de la "Air Force" para las observaciones de ovnis. Al objeto de lograr informaciones adicionales concernientes a este incidente, pidió a un amigo de Texas que verificara la historia. Pues bien, en resumen, todo indicaría que el asunto era un engaño, perpetrado por un habitante de Aurora. Su motivo, aunque no necesariamente loable, es comprensible. Aurora era una pequeña ciudad próspera hasta que los ferrocarriles decidieron evitarla. A fin de obtener publicidad para la ciudad, un negociante de algodón del lugar, periodista en sus horas libres, imaginó forjar esta historia de "caída de aeronave", basada en observaciones reales efectuadas en varios lugares del Estado en ese momento. Su plan no consiguió triunfar, sin embargo, ya que hoy en día en Aurora no quedan más que algunas casas. Así, pues, parece cierto que todo este incidente no es más que una invención. Sin embargo, hubo observaciones, aterrizajes y contactos con los ocupantes de "naves aéreas" en varios Estados durante los meses de abril y mayo de 1897. Hay suficientes motivos para creer que el famoso caso de "robo de ganado" en LeRoy, Kansas, se produjo realmente (...).»

LUCIUS FARISH



Figurillas de Acambaro. *(Documento INFO.)*

Misteriosas inscripciones de Parahyba. *(Documento INFO.)*



tre los escombros. El entierro del piloto tendrá lugar mañana al mediodía.»

No nos atreveríamos a sugerir que nadie fuera a Aurora a ver la tumba del piloto... sobre todo después de la carta que sigue:

«...Me gustaría añadir algunos comentarios a la historia de la "caída de aeronave" en Aurora, Texas, el 17 de abril de 1897. Como quizás ustedes saben, este relato, en particular, interesó grandemente al doctor J. Allen Hynek, consultor astronómico de la "Air Force" para las observaciones de ovnis. Al objeto de lograr informaciones adicionales concernientes a este incidente, pidió a un amigo de Texas que verificara la historia. Pues bien, en resumen, todo indicaría que el asunto era un engaño, perpetrado por un habitante de Aurora. Su motivo, aunque no necesariamente loable, es comprensible. Aurora era una pequeña ciudad próspera hasta que los ferrocarriles decidieron evitarla. A fin de obtener publicidad para la ciudad, un negociante de algodón del lugar, periodista en sus horas libres, imaginó forjar esta historia de "caída de aeronave", basada en observaciones reales efectuadas en varios lugares del Estado en ese momento. Su plan no consiguió triunfar, sin embargo, ya que hoy en día en Aurora no quedan más que algunas casas. Así, pues, parece cierto que todo este incidente no es más que una invención. Sin embargo, hubo observaciones, aterrizajes y contactos con los ocupantes de "naves aéreas" en varios Estados durante los meses de abril y mayo de 1897. Hay suficientes motivos para creer que el famoso caso de "robo de ganado" en LeRoy, Kansas, se produjo realmente (...).»

LUCIUS FARISH

OBJETOS MISTERIOSOS EN EL FONDO DEL ATLÁNTICO

Iván T. Sanderson ha publicado recientemente una obra: Invisible Residents *(«The World Publishing Company», USA, 1970). En dicha obra, este serio erudito admite la posibilidad de que seres inteligentes, no humanos, habitan en el océano.*

Podría ocurrir que la extraña fotografía cuya descripción sigue a continuación fuera un signo de actividad de tales seres.

El 29 de agosto de 1964, a 1.600 km al oeste de cabo Hornos, el navío oceanográfico *Eltanin,* mediante una cámara especial descendida a más de 4.000 m de profundidad, obtuvo una extraña fotografía (¿en el libro de Sanderson?). Se han efectuado muchas especulaciones a propósito de lo que pueda ser esta cosa; se ha sugerido incluso que se trataba de un tipo de máquina o de dispositivo electrónico, artificial pero *no de construcción humana.*

Por interesante que sea esta historia, uno se pregunta si, en realidad, no se trataría simplemente de un tipo «nuevo» de animal. Puede comparársele a la *Umbellula,* un pólipo (penatúlido) con un largo tronco desnudo de aproximadamente 1 m de alto, y que posee un ramillete de tentáculos que parecen hi-

dras. La foto de este animal en cuestión fue tomada a 565 km al oeste del cabo de Buena Esperanza, por el buque oceanográfico *Kane*, a una profundidad de 4.850 m. Pero la *Umbellula* era conocida ya antes de esa foto. En efecto, ya se la había pescado alguna vez y, probablemente, es luminiscente.

Las profundidades oceánicas demuestran estar más pobladas de lo que se pensaba anteriormente. A mediados del siglo XIX, se creía que la enormidad de la presión impediría toda posibilidad de vida por debajo de algunos centenares de metros de profundidad, exceptuando algunos animálculos microscópicos. Pero cuando la expedición del *Challenger* y aquellas que le siguieron exploraron los abismos, se efectuaron cada vez más descubrimientos, y se hizo claro que existe la vida en las grandes profundidades. El buque oceánico *John Elliot Pillsburg* ha sacado recientemente de la fosa de Puerto Rico, de una profundidad de aproximadamente 8.000 m, un pez del género *Bassogigas* (brotúlidos).

En *El retorno de los brujos**, Pauwels y Bergier señalan huellas extrañas fotografiadas en el fango, mediante sondas oceánicas, a 450 m de profundidad. Nos hemos procurado copias de esa fotografía, pero otras tomadas posteriormente muestran ya la criatura que deja tales huellas: un gusano del género *Balanoglossus* (hemicordado).

Esta curiosidad de las profundidades del Pacífico podría ser una especie de animal del género de la *Umbellula*. Pero quizá no... Hay otras extrañas historias de huellas sobre el fondo. En el océano Ártico, a unos 650 km del polo, el doctor Kenneth Hunkins hizo descender una cámara, a través del hielo, hasta una profundidad de 2.100 m y tomó fotos de «huellas de pollos» de, aproximadamente, 6 cm de largo por algo más de 1 cm de ancho (véase el *New York Times* del 24 de febrero de 1958). Y, en la fosa de Kermadeo, al norte de Nueva Zelanda, Nikita Zenkevich tomó fotos de un «gran animal marino desconocido» a una profundidad de más de 9.500 m (véase

* Publicado en esta colección «Otros Mundos».

Manchester Guardian del 19 de marzo de 1958).

Estos dos ejemplos permiten pensar que seres más bien extraños deben de vivir en esas profundidades. Y la cosa que está en nuestra fotografía es quizás un animal más extraño que todo lo que somos capaces de imaginar.